



LINCES DE LAPONIA.

25 de setiembre de 1847.



TOMO V. 25

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

EL LINCE DE LAPONIA.

Este animal es generalmente conocido por los peleteros y los cazadores, que le distinguen con el nombre de lobo-cervero; pertenece á la clase de los mamíferos carnívoros y á la especie de los gatos. Su tamaño es con corta diferencia como el del perro de aguas; participa de un color rojizo con algunas manchas negras. Se ha llegado á suponer que hay cinco ó seis especies de lince; su cola es muy corta, y en cuanto á lo demás se parece mucho á nuestro gato doméstico, exceptuando el tamaño: el nombre que le han dado de lobo-cervero puede haber sido por dos razones; la primera porque Gaza en su mala traducción de la historia de los animales de Aristóteles, ha dado á tños de este autor, el nombre de *lupus-cervarius*, según el dicho de Plinio, y la segunda porque igualmente que el lobo dá un fuerte ahullido, tanto, que á no ver al lince se le puede confundir con el de estos animales. De cualquier modo que sea, el lince existía en otro tiempo en Francia y en Alemania, mas hoy no se le encuentra en ninguna de estas dos partes; pero al mismo tiempo es muy común en todo el Norte de Europa y especialmente en Siberia, donde su piel es muy estimada.

Hay muy pocos animales que se hayan prestado tanto á la fabula como este, no solo en la antigüedad sino en los tiempos modernos. Los antiguos le consagraban á Baco, y con frecuencia le representaban atado al carro de este dios. Plinio refiere de él cosas en extremo maravillosas, pues según él tiene la vista tan perspicaz, que vé perfectamente á través de una muralla; su orin se petrificaba y llegaba á ser una piedra preciosa conocida con el nombre de *lapis lyncurius*, que además de su brillo tenía la propiedad de curar una multitud de enfermedades; los griegos son los que mas refieren esta historia.

Ceres envió un día á Triptolemo á Scythia, al palacio del rey Lynceus con el objeto de civilizar á sus salvajes vasallos enseñándoles la agricultura; pero este rey bárbaro que prefería á todo la guerra y la caza, recibió muy mal á este profesor de agricultura, y le encerró en una prision con designio de hacerle morir de hambre; Ceres voló al punto en socorro de su favorito, sacóle del calabozo, y para vengarse de aquel ultrage, convirtió al rey en lince, y desde esta época Lynceus y sus descendientes, no han cesado de cazar y de hacer la guerra á todo animal apacible. Sin embargo, los ancianos que habitan en la parte de los Pirineos, que recuerdan haber visto algunos lince en su juventud, no refieren de ellos ninguna cosa que cause espanto. Este animal feroz sigue á los viajeros extraviados, á los cuales devoraba si tenían la desgracia de caer bajo sus garras; durante la oscuridad de la noche penetraba en los cementerios á fin de desenterrar los cadáveres. Este animal sería aun mas peligroso, si no estuviese totalmente falto de memoria á punto de ir siguiendo la pista á alguna persona, llamarle la atención el objeto mas insignificante y olvidarse de la víctima á quien iba persiguiendo. Pero falta mas todavía; además de llamarse al lince lobo-cervero, se le dá también el nombre de *lobo endemoniado*, y en este caso no era ni mas ni menos que un hombre y una muger durante el día, y no se le podía reconocer mas que por su melancolía ó echándole en la cara agua bendita, lo cual le quemaba y le hacía lanzar espan-

tosos ahullidos; todo el tiempo que duraba la luna llena hasta que llegaba la noche, los lobos endemoniados abandonaban sus madrigueras para recorrer juntos los bosques y las llanuras bajo la forma de lobos, y entonces su mas inocente desahogo era comerse los niños y retozar en medio de la mas grande algazara.

Pero abandonemos estos cuentos ridículos de nuestros antepasados, y digamos lo que hay de cierto relativamente á este animal. El lince tiene las costumbres del gato silvestres, ni mas ni menos, pero como es mas fuerte y mas grueso se avanza á animales mayores, tales como los ciervos y otros de parecida especie. Se encarama por los árboles con mucha agilidad, no solo para sorprender los pajaros en sus nidos, sino tambien para perseguir á las ardillas, las martas y hasta los gatos silvestres, que rara vez pueden libertarse de caer en sus garras. Algunas veces se sitúan en emboscadas, yacechan con admirable paciencia hasta que la casualidad le conduce hácia el algun reno ó ciervo; entonces lo mismo que el gloton se avalanza de un salto al cuello de la víctima, á la que oprime y sujeta con sus punzantes uñas, y no suelta la presa, sino cuando la ha dejado sin movimiento, rompiendo la primera vértebra del cuello; despues le hace una grande herida en la parte inferior del cráneo, y por ella le estrae los sesos, ó bien introduciendo su lengua áspera y espinosa; y rara vez sacia su voracidad en alguna otra parte del cuerpo del animal apresado, á no ser que se encuentre muy hambriento; pero lo mas original es que luego se lleva el cadáver á un parage solitario á fin de ocultarle en alguna zanja, y si es muy pesado le cubre con hojas secas, aun cuando jamás vuelva en su busca, y esto probablemente es lo que ha dado ocasion á que varios autores le crean falto de memoria; sin embargo nos parece mas justo sospechar que esto que hace es una prueba de su desconfianza.

El lince, si se caza muy jóven, no es difícil domesticarle, y llega á ser cariñoso hasta cierto punto, pero para conservarle es preciso tenerle atado, pues nunca pierde su gusto á la libertad, y cuando encuentra ocasion oportuna se escapa á los bosques, y no vuelve al lugar donde le han domesticado. Aun cuando sus formas son algo toscas, no deja de tener cierta gracia y ligereza; su mirada es perspicaz y estremadamente viva, pero llena de dulzura y espresion; á la manera del gato es de una limpieza estremada, y la mayor parte de su tiempo lo emplea en lamerse y alisarse su bonita piel; es un constante destructor de fiebres, conejos, y perdices; los cazadores rusos le hacen una guerra á muerte, y diariamente disminuyen el número de ellos. No obstante, no se conseguirá nunca destruirlos enteramente, porque se acomodan á todos los climas, y lo mismo se hallan en las regiones calurosas del Asia y del Africa, que en el Norte, aunque esto último no es lo mas general.

En los mares del Cáucaso, de la Persia, del Egipto y de la Abisinia, se encuentra otra especie de lince, que no se diferencia en nada de éste, mas que en su color de un pardo ceniciento y por el de sus cuatro piernas que es mas negruzco. Ofrece una particularidad única entre la numerosa especie de los gatos, y es la de ser un excelente nadador, y de complacerse en el agua, donde sin cesar se ocupa en hacer la caza á los ánades y otras aves acuáticas.

BOSTARD.

GLORIAS DE ESPAÑA.

EL VENCEDOR DE LEPANTO.



Y a era despues de anochecido cuando llegaron al castillo, ó casa fuerte de Villagarcía, no lejos de Valladolid, varios caballeros que por el polvo que cubria sus vestidos y por el cansancio que manifestaban sus cabalgaduras, se conocia habian hecho una muy larga jornada. Los ginetes se entraron al trote y sin ceremonia en la casa, lo que de ningún modo admiró a los dependientes de ella, cuando reconocieron en el primero de dichos caballeros, á don Luis Quijada, su amo y propietario de la casa y tierras del contorno. Prorumpieron al contrario, en exclamaciones de júbilo al ver á su buen señor, de cuya presencia hacia mucho tiempo que estaban privados, no siendo la que con menos demostraciones acudió, la esposa de don Luis, que sabiendo que su marido, al servicio del emperador Carlos V, no se apartaba un momento de tan augusta persona en todas sus campañas y expediciones, no sabia como explicarse aquella venida.

El asombro de la buena señora llegó á su colmo, cuando su marido, despues del primer saludo afectuoso, la puso en los brazos un robusto y agraciado niño, diciéndola:

—Señora, la Providencia que hasta ahora nos ha negado el consuelo de tener sucesion, nos depara este niño en quien podamos ejercer nuestros cuidados paternales.

Lanzó su esposa á don Luis una mirada investigadora que él sostuvo con serenidad imperturbable, y sin duda la sospecha maligna que se habia ocurrido á su espíritu, se desvaneció en un momento, pues contemplando de nuevo al niño que hacía ella alargaba sus manitas, exclamó:

—¡Cielos! Por las facciones del niño creeria reconocer á....

—¡Silencio, señora! interrumpió don Luis, poniendo graciosamente á su esposa un dedo delante de la boca, el padre de este niño, si es que le conoceis, nos confia el cuidado de su porvenir y el de apartar los peligros que pueden rodear su existencia. ¡Juzgad si deberemos estarle agradecidos!

—Le cuidaré y amaré como si fuese mi hijo, contestó la buena señora, retirándose sin abandonar su preciosa carga.

Desde entonces los dos esposos se dedicaron con el mayor afán á la crianza y educacion del niño, que á medida que iba creciendo en edad, daba mayores muestras de su vigor y de su inteligencia. La esmerada enseñanza que el muchacho recibía, como base de toda su carrera, podia acomodarse así á la próspera como á la adver-

sa fortuna; mas cuando el orden de sus estudios exigia ya una determinacion especial, don Luis que obraba sin duda en virtud de secretas instrucciones, trató de inclinarle á que abrazase el estado eclesiástico. El joven manifestó desde luego una decidida repugnancia á esta carrera y una inclinacion marcada á la militar, ejercitándose por tanto en el manejo de las armas, segun convenia á un noble caballero de la época.

Varias veces habia hecho algunas preguntas á don Luis acerca de su incierto origen y de los motivos que habia para contrariar sus inclinaciones; pero siempre le contestaba con evasivas, hasta que habiendo un dia recibido unos pliegos de la corte, advirtió á don Juan que se preparase á presentarse en ella y que allí se aclararian todas sus dudas.

Al verse el joven criado en el retiro de Villagarcía, ante el grave Felipe II, y al saber que iba allí á decidirse su suerte, experimentó una turbacion estraña y se postró ante el monarca para besarle la mano, pero don Felipe se apresuró á levantarlo, y despues de haber contemplado un momento sus facciones con evidentes muestras de satisfaccion, le estrechó cariñosamente entre los brazos. Antes que el joven volviese de su asombro, le presentó el rey á todos los cortesanos, diciéndoles:

—Saludad, señores, á el hijo del emperador Carlos V, á mi hermano el señor don JUAN DE AUSTRIA.

Era efectivamente don Juan de Austria fruto de los secretos amores del emperador con la ilustre dama alemana Bárbara de Blomberg; habia nacido en Ratisbona en 1547, y habia sido educado con tanta lealtad como sigilo por don Luis Quijada; pero el rey don Felipe no ignoraba este secreto, puesto que su augusto padre se le habia revelado antes de morir, indicándole que convenia destinar el niño al estado eclesiástico, pero el joven que siempre habia tenido á él la mayor repugnancia, la cambió en aversion desde que sabedor de su ilustre origen, conoció le importaba acreditarse digno de él. Se dedicó á completar sus estudios en compania del príncipe don Carlos y de Alejandro Farnesio, esperando el momento en que lejos de palacio pudiese respirar á su gusto en campo abierto, entre el ruido de las armas y el tumulto de una batalla.

Los deseos de su juventud se realizaban al fin. Felipe II, despues de haberle dado algunas comisiones importantes, le nombró general del ejército que marchaba contra los moriscos de la Alpujarra, que acudillados por Aben Humeya habian derrotado á los principales gefes españoles. Don Juan reconquistó en pocos dias todas las plazas ocupadas por los moriscos, consiguió la muerte y esterminio de sus principales caudillos y abatió para siempre el orgullo musulman en la península.

Mas de ocho siglos de continuos combates habia costado el vengar á el infeliz don Rodrigo y abatir para siempre en sus últimos descendientes á los vencedores del Guadalete.

II.

Abierto el sendero de la gloria ante el joven príncipe, marchó por él á paso de gigante, hasta encontrar la ocasion favorable en que luciese todo el esfuerzo de su ánimo. Toda la cristiandad se hallaba aterrada con las

victorias de los turcos, que amenazaban ya invadir el centro de Europa. Soliman II apoderándose en 1521 de la plaza de Belgrado, había abierto la serie de triunfos que el islamismo obtuvo en Mohacs, en Buda, en Pest, en Gran, en Tauris y hasta en Viena de Austria. Rodas, la isla de los caballeros de San Juan, había caído también en poder de Soliman en 1522, y Selim II, hijo y sucesor de Soliman, apoderándose de Chipre en 1571 puso el colmo á el espanto de la cristiandad. Jamás se había visto en los mares una armada tan poderosa como la que reunió Selim; y éste, ufano con su poderío y creyendo no hubiese nación en la tierra capaz de resistirle, daba ya por seguras las conquistas que cabían en los límites de su ambición.

Los estados cristianos de Europa formaron una nueva cruzada contra el poder otomano, con ánimo de reunir todas sus fuerzas para aventurar á la dudosa suerte de una batalla todo el porvenir de la cristiandad. Para una empresa tan arriesgada y para un lance de tanto empeño se necesitaba un caudillo, cuyo valor y cuya prudencia fuesen capaces de superar todos los obstáculos, y que perteneciese también á una gerarquía superior á la de los escelsos principes que habían de combatir á sus órdenes. El vencedor de las Alpujarras que apenas contaba veinte y cinco años, fué unánimemente elegido generalísimo de las fuerzas navales de España, Roma, Venecia y Malta. Los turcos, que ni aun de estas naciones reunidas temían el ataque, supieron con no pequeña sorpresa que la armada cristiana había llegado á la altura de la isla de Cefalonia, y entonces salieron prontamente al encuentro, confiados en envolver y destrozar con sus naves, tan superiores en número, las que los cristianos osaban presentarles. Consta la armada del turco de doscientas veinte y cinco galeras y sesenta galeotas, llevando á bordo veinte y cinco mil hombres, con la artillería y pertrechos correspondientes, al paso que entre todos los estados confederados no habían podido reunir mas que doscientas tres galeras y seis galeazas, con unos veinte y dos mil hombres de tripulación; pero entre estos hombres iban los caudillos mas ilustres de la cristiandad: Marco Antonio Colona, general de las galeras del papa, Doria, Venerio, Barbarigo, el duque de Urbino, Alejandro Farnesio, Santa Cruz y Requesens á las órdenes de don Juan de Austria, generalísimo de la expedición. A las órdenes de Ali-Bajá, general de la armada turca, venían Uchali, Hassan, Mahomet y todos los gefes subalternos acreditados en la piratería de los mares.

Avistáronse las dos armadas en el golfo de Lepanto el día 7 de octubre de 1571, viniendo de la turco con viento favorable y contrario á los cristianos. Don Juan mandó inmediatamente disparar una pieza de artillería, y todas las galeras se fueron ordenando en batalla, mientras que él, embarcado en una nave pequeña y ligera, iba recorriendo la línea y arengando á las tripulaciones. Ali-Bajá en tanto sobre la cubierta de su nave, donde había reunido á sus gefes subalternos, les comunicaba instrucciones y les arengaba, mostrándoles la armada enemiga como seguro despojo de su victoria. Aun antes de que estuviesen á tiro de cañón las dos armadas, salieron á vanguardia seis galeras venecianas para cañonear á las del turco, mientras que un tierno y religioso espectáculo se ofrecía á bordo de todas las naves confederadas. Gefes y soldados hincaban la rodilla sobre cubierta, adorando el estandarte de la Cruz, que el sumo pontífice había regalado á don Juan, y que antes de entrar en combate, había éste mandado enarbolarse en las gavias de su galera capitana, y á cuya sagrada insignia tributaban entonces los honores militares las trompetas é instrumentos bélicos del ejército.

A las doce en punto del día se rompió el fuego en toda la línea, siendo tan terrible y tan continuado por una y otra banda, que el aire quedó oscurecido con la

densidad del humo, mientras que los oídos estaban atornados con la intensidad del estruendo. El viento había cambiado de rumbo, yendo por consiguiente todo el humo á ofuscar á los turcos, y esta mudanza repentina, con todas las apariencias de milagrosa, alentó sobremedera á los cristianos que pedían á gritos el abordage. Los dos almirantes enemigos, así que se reconocieron por sus respectivas banderas, maniobraron el uno contra el otro hasta que se abordaron para empezar un personal combate. Siete galeras acudieron inmediatamente á proteger á la capitana del turco, y casi otras tantas se acercaron á la de don Juan, de modo que allí se concentró toda la fuerza de la batalla. Tres veces saltaron los cristianos á el abordage, llegando en una de ellas hasta el palo mayor y tres veces fueron rechazados. Peleaban los paganos, no por la victoria, sino por alcanzar el paraíso que Mahoma promete á los fieles creyentes; pero se trataba en aquel día del triunfo de Jesu-Cristo ó del de Mahoma, y así por una y otra parte era igual la resistencia é igual el encarnizamiento. Don Juan de Austria invocó el Dios de los Recaredos y Alfonsos y preparó el último y decisivo ataque. Acuden presurosos á su lado el comendador mayor de Castilla, el conde de Priego, don Luis de Córdova, don Rodrigo Benavides, don Juan de Guzman, don Felipe Heredia, Rui Diaz de Mendoza, Juan de Soto y otros guerreros, y esta escolta digna de tal gefe y compuesta esclusivamente de capitanes y caballeros españoles, acomete con furor irresistible á la capitana enemiga, en la que al fin abre anchuroso portillo y entra arrojando á los enemigos. Allí viendo entrada su nave y notando el desaliento de los suyos, se arroja en las primeras filas con el valor de la desesperación; pero allí encuentra la espada exterminadora de don Juan, que hace saltar su cimitarra damasquina como si fuese de vidrio, y al segundo golpe del joven de Austria, se vé á Ali revolcarse en su sangre sobre la cubierta, murmurando estas palabras antes de espirar:

—No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.

La sangrienta cabeza de Ali, fué colgada de los palos de las gavias, abatida la media luna, y enarbolado el estandarte de la cruz. El combate se convierte en una carnicería espantosa, y la tripulación enemiga es pasada á cuchillo. Los caballeros de Malta reconquistan su galera capitana, que los turcos habían apresado, mientras que don Juan de Austria, libre ya de enemigos, acude á favorecer los puntos débiles y ahuyenta delante de sí las maltratadas naves enemigas, muchas de las cuales van á estrellarse en las costas lejanas. Los cautivos cristianos rompen sus cadenas y atacan á sus tiranos, como quien desea vengar en su sangre sus enconados ultrajes. Los galeotes que iban al remo en la armada cristiana, con la promesa de alcanzar el perdón y libertad, acometen á los turcos con furor irresistible. Los gritos de ¡Victoria! resuenan ya por todas partes: victoria brillante, en la que veinte y cinco mil turcos muertos, diez mil prisioneros, entre ellos los dos hijos de Ali, veinte mil cautivos rescatados, ciento setenta naves apresadas y otras muchas quemadas ó echadas á pique, enseñaron á los turcos que ya no les sería dado invadir la Europa, y que el Todopoderoso, al dejarlos apoderarse de Constantinopla, había dicho á la media luna: «No pasarás de aquí.»

III.

El aplauso del triunfo acompañaba á don Juan por todas partes: su nombre era pronunciado con júbilo en los templos, en los palacios y en los campos de batalla. Todos reconocían en él la régia y generosa estirpe de que procedía, y hasta el anciano sumo pontífice San Pio V, entusiasmado con la noticia cierta de aquella

victoria de que habia tenido secreto presentimiento, aplicó á don Juan de Austria aquellas palabras del Evangelio: *«fuit homo missus á Deo cui nomen erat Joannes»*. Hasta el austero Felipe II pareció por un momento po-

seído del entusiasmo general: recibió á don Juan ante toda su corte, y sus felicitaciones parecían sinceras, pero encubrían la desconfianza y el recelo. El engrandecimiento de don Juan y el prestigio para siempre unido á su



DON JUAN DE AUSTRIA EN PRESENCIA DE FELIPE II.

nombre, inspiraban serios temores al rey don Felipe, cuyo carácter suspicaz le hacía recelar hasta de su hermano. Este por su parte tampoco se encontraba á gusto en la corte y á el lado del rey: la ardiente sed de gloria que le devoraba, le impelia á apurar la copa encantadora que ya habia llegado á sus labios, corriendo allí donde hubiese peligros que arrostrar y enemigos que vencer. Terminadas sus expediciones navales contra los turcos, tenia que lidiar en tierra contra otros enemigos no menos temibles: los hereges que traían alborotados los Países Bajos.

Nombrado gobernador de aquellas provincias por muerte del comendador Requesens, cruzó disfrazado por la Francia para combatir en el Luxemburgo con un digno rival suyo: el príncipe de Orange. No le abandonó la fortuna en esta nueva campaña; á la sorpresa de Namur se siguieron importantes victorias en Mariemburgo, Charlemont, Jemblours, Lovaina, Sichem, Nivella y otras plazas del Brabante, y es seguro que hubiera terminado la guerra, si de España le hubiesen enviado los socorros oportunos; pero el rey don Felipe, que observaba todas sus acciones, que no podía olvidar el triunfo de Lepanto, que no habia querido concederle el título de Castilla, y que se habia negado á las instancias del papa, para conceder á don Juan la investidura de un reino en la costa africana del Mediterráneo, tampoco quiso entonces con-

cederle un ejército con el que el ilustre joven hubiera podido realizar alguno de estos proyectos.

Don Juan de Austria sentia mucho esta negligencia del rey en enviarle socorros, y no podia llevar con paciencia la inacción en que se hallaba. Resolvió finalmente dar un golpe decisivo á los rebeldes, ayudado de Alejandro Farnesio, el amigo de su juventud y su compañero en Lepanto. Era preciso para esto que la corte de Madrid aprobase el plan y le facilitase los medios de ejecución, y para conseguirlo á toda costa, envió á Madrid á su favorito y confidente, el secretario Escovedo. Este sufrió las humillaciones de la corte y los desaires de los cortesanos, sin que jamás lograrse ver al rey.

Cuando al fin consiguió presentarse al primer ministro, lejos de que fuesen atendidas sus peticiones, solo escuchó duras reconvenciones por su conducta y la de don Juan, acusándole á él, Escovedo, de que era el que fomentaba sus ambiciosas miras y el que negociaba secretamente su casamiento con la reina doña Isabel de Inglaterra. Escovedo arrebatado por su cariño, rechazó con energía todas las calumnias que á su señor imputaban, y llegó á defenderle en términos insultantes para el primer ministro, de modo que aquellos dos hombres se apartaron poseídos del mas vivo resentimiento.

Dos días despues, Escovedo que disponia el viaje para volverse con su señor y príncipe, fué encontrado

cosido á puñaladas en una estrecha y oscura calle de Madrid. Esta catástrofe y el comprender que había caído para siempre en desgracia del rey y de la corte, acarrearón á don Juan de Austria la enfermedad aguda que le llevó al sepulcro en 5 de octubre de 1578, á los treinta años escasos de su edad.

El malogrado joven, vestido de gala, con peto bruñido y con gorra de raso carmesí en la que iba figurada una corona de perlas y brillantes, fué colocado en unas andas cubiertas de tela de oro. Pusieronle sortijas en las

manos y el collar del Toison de oro al cuello. Después precedido de los frailes, clerecía y obispos con bachas en las manos, fué llevado en hombros de cuatro caballeros, desde el fuerte de Namur, donde falleció, á la iglesia catedral. El ejército consternado seguía, tambor batiente y armas á la funerala, el féretro de su general.

Hacia siete años que en época semejante había triunfado en Lepanto.

F. FERNÁNDEZ VILLABRILLE.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

HISTORIA

DE LAS FIESTAS REALES DE TOROS,

QUE HA HABIDO EN MADRID

antes y después de ser corte, y de los sitios y ceremonias con que se han verificado.



después de haber hecho una ligera reseña de la historia de las fiestas de toros y de su origen en el artículo anterior, cumple á nuestro propósito el consignar en estas fiestas reales de toros que tenemos noticia cierta ha celebrado Madrid. Si bien es preciso confesar que desde que Madrid fué sujeta al dominio romano, puesto que tanta es su antigüedad, según sus primeros cronistas *Gil González Dávila* y *Quintana*, nada hemos hallado ni en estos autores ni en documento alguno acerca de corridas de toros como diversion pública, antes del alegre y festivo reinado de Juan II, en el que ya fué imposible funcion pública sin toros y cañas, costumbre en voga en toda Castilla. La primera fiesta real de toros que vemos celebrada en Madrid, fué en 1418 con motivo de la entrada de don Juan II recién casado con su esposa doña Marta, hija de don Fernando de Aragón, la cual se verificó el 20 de octubre. Aparejóse al efecto por el concejo de Madrid una plaza cuadrada de madera entre las puertas Segoviana y de la Vega, y el 23 de dicho mes se corrió novillada en la que mató el rey un novillejo á puntilla, es decir con un puñal, especie de cachete; suerte en voga y de mérito en aquella época. Repitieronse las novilladas al año siguiente, con motivo de ser declarado el rey mayor de edad por las cortes generales que se reunieron al efecto, en el antiguo alcázar de esta villa; pero entonces la plaza se construyó en el Campo del Rey, que así se llamaba el sitio que ocupan hoy las caballerizas reales, y se pagó su coste del bolsillo del rey, que apesar de los ruegos y llores de la reina alcanzó un toro; pero escoltado por muchos caballeros, entre ellos don Alvaro de Luna, conde de Benavente y porción de vaqueros ricamente vestidos que defendieron al rey su señor y rejonearon y tendieron capillas y lienzo al toro de lo lindo. Hallamos, que hallándose don Juan en 1455 en la villa de *Illescas* aguardando que su alconero mayor don Pedro Carrillo, desalojase á

Madrid de los muchos forasteros que habían acudido á las cortes que habían de celebrarse para declarar la guerra á los moros de Granada, se corrieron toros en aquella villa para entretener al rey, luciendo en ellos por su valor y destreza, los caballeros *Madrigales* y los *Olantes*, naturales de la villa espresada.

El nacimiento de la princesa doña Juana, llamada la *Beltraneja*, hija del rey Enrique IV que sucedió en esta villa en enero de 1642, según el P. Mariana, produjo toros reales el día en que salió á misa la reina; pero ni estas corridas, ni las que hubo en el mes de marzo del propio año por su juramento como princesa de Asturias, no se sabe el sitio en que se hicieron las corridas ni como fueron estas; pero nos parece debieron ser en el *Soto de Luzón*, puesto que consta que este rey concedió licencia al regidor don Francisco de Luzón para hacer una plaza en aquel sitio. Hallándose don Enrique en esta villa, llegó un embajador del duque de Bretaña en 1463, y entre las fiestas con que se le obsequió, para que admirase el valor y denuedo de los caballeros españoles, dispuso el rey una corrida de toros en el *Campo del Moro* debajo del real alcázar, cuyos toros se rejonearon y lancearon por los principales señores de la corte, concluyéndose la fiesta con un juego de cañas de cien caballeros divididos en dos cuadrillas, montados en briosos caballos con jaeces dorados, y vestidos con magníficos trajes y adargas de mucho mérito ó sanvaces (especie de manga defensiva) de primoroso bordado.

Como á la muerte de don Enrique se pronunciase Madrid contra el reinado de su hija la *Beltraneja* desposada con el rey don Alonso de Portugal, y en favor de la princesa doña Isabel I denominada la Católica, luego que se apaciguó la guerra, vino esta á la villa con su esposo don Fernando rey de Aragón, y entre las fiestas con que se le obsequió, fué una corrida de toros y cañas que la dieron los hidalgos de la villa en la *Plaza de San Andrés*, al lado en que tenían los balcones los reyes, que vinieron á parar á la casa de los Mendozas, que son los que posee hoy el duque de Osuna en la plazuela de la Paja, por lo que en ésta debieron ser las corridas, y la cual se llamaría así por la proximidad de dicha iglesia á la que tiene paso por un arco dicha casa. Como se hallasen los reyes Católicos en 1495 en esta villa en donde les gustaba invemar, les dió corridas de toros y cañas á su costa en fines de enero, don *Alvaro Garci Díez de Rivadeneira*, maestresala que fué del rey don Enrique y gran hacendado en Madrid y en Vallecas, en cuyo pueblo fundó el monasterio de religiosas, que después pasó á Madrid y estuvo en la calle de Alcalá donde hoy se halla establecido el Museo Lirico. Esta acción fué muy aplaudida y calificó de un gran señor al espresado Rivadeneira. Como la reina Católica mostró gran repugnancia á las fiestas de toros, no se sabe volviere á ver otras fuera ni en esta villa,

á cuyo coste se fabricó plaza en el punto que hoy ocupa el *Palacio de Villahermosa* y la casa inmediata frente á la casa del duque de Medinaceli.

Las primeras fiestas reales de toros, que celebró Madrid, en el reinado de Carlos V, fueron el año 1528 el día 20 de abril, con motivo de haberse jurado, el anterior, en San Geronimo, príncipe de Asturias, su hijo Felipe II, á los diez meses de edad: la corrida fué en el *Campo del Moro*, y el emperador rompió tres lanzas picando al primer toro, siguiéndole despues de él, en los demas, muchos grandes, ricamente vestidos, y en bien enjaezados caballos. No nos consta, hubiese otras fiestas de esta clase, mas que las ordinarias, que dos veces al año, se verificaban en la plaza del Prado de San Geronimo, que es la que hemos enuniciado antes.

Dicen algunos autores, que Felipe II fué muy aficionado á las corridas de toros, á pesar de su austeridad, pero no hemos hallado egemplos, con que acreditarlo, por lo respectivo á esta villa, pues si bien hubo toros en el Prado de San Geronimo, cuando en 51 de mayo de 1575, se juró príncipe de Asturias su malogrado hijo don Fernando, se sabe que el rey no asistió á ellos, y lo mismo sucedió, al jurarse príncipe en la capilla del alcázar, su otro hijo tambien malogrado, don Diego Felix; á las que si hallamos asistió el rey con toda la corte, fué á las celebradas el 12 de noviembre de 1584, con ocasion del juramento de su heredero Felipe III, en la iglesia de San Geronimo, en cuyo Prado tuvieron lugar, lidiando los caballeros *con rejon en mano*, por lo que, fueron muy aplaudidos y regalados.

Mas aficionado que su padre, Felipe III, mandó repetir las fiestas de toros, que los dias, 27 y 28 de octubre de 1593 costeó la villa de Madrid, con motivo de la pública entrada de su esposa doña Margarita, y todos los jóvenes de la grandeza, y á pie y á caballo, tomaron parte en ellas como lidiadores. Jurado el 17 de enero de 1608, en San Geronimo, por sucesor del reino, su hijo Felipe IV, se efectuaron fiestas de toros por la grandeza por *bajo del terreno del alcázar, en donde se construyó un palenque, y graderias para las damas*.

Como hemos visto hasta aquí, las fiestas reales de toros, no tenian lugar fijo para verificarse; pero habiéndose concluido la Plaza Mayor en 1620, cuya construccion duró dos años (1), ya se fijaron las fiestas reales de toros en ella, pues que en parte alguna cabian como allí, cincuenta mil espectadores; sin embargo, como veremos, en el reinado siguiente, estuvo mas en boga la nueva plaza del real sitio del Buen Retiro. En 30 del espresado junio se dió la real orden, tasando los balcones para las fiestas de toros por la tarde en esta plaza á saber: los principales á 12 ducados; los segundos á 8; los terceros á 6; y los cuartos á 4 ducados; teniéndolos libres los inquilinos para su uso en las fiestas que se diesen por las mananas.

Por lo dicho se vé no pudo darse fiesta alguna de toros

(1) Se construyó la Plaza Mayor (hoy de la Constitucion) de orden de Felipe III, por los planos y direccion del arquitecto don Juan Gomez de Mora, con el mismo área que hoy tiene de 454 pies de largo, 554 de ancho, y 1556 de circunferencia. Se fundó como hoy lo está, sobre pilas de piedra, formando espaciosos soportales. Las casas tenian 71 pies de alto, y constaban de 5 pisos, siendo 156 las que formaban la plaza, con habitacion para cuatro mil moradores. En un principio tuvo 566 huecos con balcones de hierro y muchas bohardillas. Se quemó por primera vez esta plaza en 10 de agosto de 1672, por el lado de la Panaderia, que se volvió á reedificar, y por segunda el 16 de agosto de 1790, por el lado de los portales de Guadalajara, y antes de Toledo, que se reconstruyó; hoy constan las casas de tres pisos y azoteas con bohardillas, falta parte del lado del Oriente, que poner igual al de las demas nuevas, pues aquel lado, es aun de la primitiva construccion en solo dos casas.

en la Plaza Mayor hasta despues de junio de 1620, y consta que el rey tuvo ya idea de que los toros se habian de correr allí en fiestas reales, puesto que mandó hacer balcon al efecto en la casa-palacio de la Panaderia, que es donde asisten en tales casos, cuyo balcon se doró y adornó al efecto. De la primeras corridas de que nos hablan los anales de Madrid, celebradas en esta plaza, fueron las ejecutadas en 1.º de junio de 1623 para obsequiar al príncipe de Gales, hijo del rey de Inglaterra, para las cuales dice Pinelo, se puso otro balcon dorado al lado del que tenia el rey, asistiendo á éste, el príncipe y los infantes en el principal, y la reina é infanta doña Maria en el que se hizo nuevo. En estas fiestas se puso por primera vez en ejecucion el sacar los toros muertos de la plaza por medio de tiro de mulas, invencion del corregidor don Juan de Castro y Castilla.

A fin de obsequiar al mismo príncipe de Gales que venia á casarse con la infanta doña Maria, lo que no llegó á efectuarse por no convenir en los tratados las dos naciones, se repitieron las fiestas reales de toros y cañas el 21 de agosto del mismo año 1623, tomando parte en ellas el mismo rey en persona. Al efecto se dispusieron diez cuadrillas de á ocho caballeros cada una: la primera, que fué la del ayuntamiento, fué mandada por el caballero corregidor: la segunda por don Duarte de Berganza, conde de Oropesa: la tercera por don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca: la cuarta por el almirante de Castilla: la quinta por el conde de Monterey: la sexta por el marqués de Castel-Rodrigo: la sétima por el duque de Cea: la octava por el de Sesa: la novena por el marqués del Carpio, y la décima por el mismo rey. Yacolgada la Plaza Mayor, con ricos reposteros, en los que se conocian por los escudos de armas la clase de los que ocupaban los balcones, se dirigió la reina en silla de manos, y los infantes en carroza, al palacio de la Panaderia, donde comieron aquel dia. Habiendo elegido el rey con el príncipe y el infante, la casa de la condesa de Miranda para vestirse, se encaminó á la calle de Relatores, en que vivia aquella señora, y por las tribunas que daban á la iglesia de la Trinidad, en donde se puso el Santísimo manifiesto, se encomendó el rey á Dios antes de montar á caballo. A las dos de la tarde entró el rey en la plaza con el príncipe y el infante don Carlos, y luego que todos se colocaron en sus puestos, se empenó la corrida, en la que picaron y mataron los caballeros, luciéndose en las suertes de rejoncillo. A la mitad de la corrida saltó el rey y el infante en coche á vestirse para las cañas por la puerta que cerraba la plaza hacia Santa Cruz, siguiendo entre tanto la fiesta presidida por la reina. Al apearse el rey en casa de Miranda, le recibieron en la escalera las condesas de Monterey, Nieva y Villalon, y las marquesas de Alcañices, Flores, Dávila y otras de la sangre de Zúñiga y Guzman, no haciéndolo la de Miranda por estar impedida en cama, razon por la que entró el rey á visitarla. Vestido el rey y el infante, se volvieron á la plaza precedidos de las cuadrillas espresadas. Delante fué la caballeriza real con el caballo de la persona, veinte pajes descubiertos, cuatro palafreneros con sus bolsas de terciopelo carmesí, cuatro herradores de casa real, diez caballos con preciosos jaeces, doce de respeto con tellizas de terciopelo azul y en ellas bordada de oro la corona y nombre del rey; doscientos lacayos con libreas de raso blanco guarnecidas de plata sobre pestañas negras; ochenta vestidos á la morisca conducian un banco formal de plata para herrar; doce acémilas cargadas de cañas cubiertas con reposteros carmesies, las cuales iban enjaezadas con cordones de seda, pretales de plata, penachos vistosos en las testas, sillones de plumas negras y encarnadas cubiertas de argenteria. A esta real cuadrilla, siguieron las otras nueve con otros trescientos caballos, distinguiéndose unas de otras por sus diversos colores. A la entrada del rey en la plaza cesaron los toros, y entraron por padrinos á ofre-

cer la fiesta á la reina, don Agustín Mexía y don Fernando de Giron, consejeros de Estado. En seguida entró S. M. y empezó la primera carrera con el conde-duque de Olivares. Al descubrirse el rey se levantó la reina, el príncipe, los infantes, los consejos y cuanta gente había en la plaza, y permanecieron descubiertos y en pie hasta que el rey acabó la carrera, en cuyo caso se sentaron. En seguida entraron todas las cuadrillas, las que después de dividirse, volvieron á salir por las puertas de Santa Cruz y la calle Nueva (la de Boteros) para empezar la escaramuza, en la que mandó una parte el rey, y otra el duque de Cea, efectuándose con tal orden y destreza al jugar y arrojar las cañas que no hubo que lamentar desgracia alguna.

En las fiestas reales por el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos, celebradas desde el día 21 de noviembre de 1629, en las que se tuvo este día una lucidísima mascarada de señores de la corte, que dirigió el mismo rey en persona, se determinó el que hubiese toros y cañas en la Plaza Mayor, lo que se verificó el 12 de diciembre. Asistieron los reyes é infantes al encierro y corrida de por la mañana, comiendo en la Panadería, y después del tercer toro de por la tarde, se retiró el rey con el infante don Carlos á vestirse para el juego de cañas. Montando el rey á caballo á las cuatro en la calle Mayor dentro de una valla dispuesta al efecto, entró enmascarado en la plaza por la puerta que había hacia Santa Cruz, seguido de ocho cuadrillas á caballo, también con caretas. Cuando se quitó el rey la careta todos hicieron lo mismo, en cuyo caso un viva fué el saludo de la multitud. En la escaramuza, dice Pinelo, que ganó todas las suertes el rey por su destreza y adarga, y que concluida la función, se dirigió á palacio con una caña en la mano, y seguido de las cuadrillas y de la reina é infanta en sus coches.

El año 1651 apesar de hallarse la plaza bastante deteriorada por el fuego que sufrió su fachada Norte, ó sea la del arco de Toledo, por el fuego ocurrido en 7 de julio de 1651, hubo el 25 de agosto toros y cañas en dicha plaza, y como hubiesen fallecido cinco personas de garrotillo en la Real Panadería, asistió el rey y real familia á unos balcones del portal de Pañeros, (hoy casa de Bringas) como á la mitad de la corrida empezó á salir mucho humo de las casas de las Zapaterías, frente á las en que estaba el rey, y creyéndose ser fuego, sucedieron muchas desgracias á la salida de las gentes que quedaron ahogadas en las escaleras, razón por la que el rey mandó suspender la función al empezarse las cañas. El motivo no fué fuego, sino que subidos unos muchachos sobre las chimeneas de una casa en que se quemaba leña, y no pudiendo salir el humo, se vió salir por entre la gente del tablado, que puso en alarma á toda la plaza. También hubo toros y cañas en marzo de 1652 con motivo de la jura en San Gerónimo del príncipe Baltasar Carlos en 21 de febrero anterior.

Concluida la plaza que mandó hacer el rey en el Buen Retiro, que es la que hoy tiene aquel real sitio á su entrada, el día primero de diciembre de 1653 entregó el conde-duque de Olivares, alcaide de aquel sitio, al rey con toda solemnidad, las llaves de aquel nuevo palacio, las cuales le devolvió el soberano encargándole de su custodia. El día 5 del mismo mes, se celebró en la nueva plaza fiestas por el nacimiento del príncipe Fernando Francisco, sobrino del rey é hijo de la emperatriz de Austria doña María. Con este motivo se corrieron allí toros y cañas, siendo el primero que jugó estas el rey, acompañado del duque de Olivares con sus respectivas cuadrillas. A estas siguió otra de caballeros de Madrid y otras seis varios grandes. Al día siguiente á pesar de lo mucho que había nevado, se corrieron toros en la espresada plaza, terminándose la función con los juegos del estafermo y de la sortija. Fueron jueces de la

fiesta, en la que dieron fuentes de plata de premio, el duque de Alba y el marqués de Santa Cruz, ganando el rey el premio de la sortija: sacó tres cintas, de las cuales mandó dos á la reina y regaló la otra al príncipe. En la misma tarde mandó el rey sacar á la plaza un león y un toro, y vencido éste, retiraron al león y sacaron un oso con varios perros de presa que fueron muy maltratados en la lucha. Estas fueron las primeras fiestas celebradas en el Retiro, donde ya tenía el rey una casa de fieras, que es la circular, que aun se conserva, y en donde se han alojado hasta que Fernando VII hizo construir la actual.

La noticia de haberse elegido á Fernando III, rey de Hungría, por rey de los romanos, produjo toros y cañas entre las demás fiestas que se celebraron, con las máscaras y mogigangas mas vistosas y costosas que se habían visto hasta aquella época. Para estas fiestas se allanó un monte que había delante de la puerta principal del Retiro, que es lo que forma hoy su subida desde el Prado y sitio del Tiboli y esplanada hasta el Museo de pinturas, cuya obra costó á la villa mas de cien mil ducados. En aquel sitio se construyó por la villa una anchurosa plaza de madera, la cual se extendía hacia San Gerónimo, y en un mes se dió por concluida. Constaba de cuatro aceras de ventanillas, que componían entre todas 488 y el balcon de la reina. Estas ventanillas que tenían 10 pies de cerco con sus pilastras á los lados, se colgaron en sus antepechos con telas de color leonado y franjas de plata. Desde el primer suelo de las ventanillas había una valla cubierta de leonado con mascarones y otros adornos, y todas las ventanillas ostentaron ricas colgaduras á costa de las familias á quienes se repartieron, costumbre seguida entonces en las fiestas que se celebraban en la Plaza Mayor. Se dejaron cinco puertas con dos pirámides, cada una terminada en mascarones, y el balcon de la reina que estaba frente á la puerta principal, tenía antepechos de bronce dorados, pilastras verdes y vidrieras para impedir el frío; estaba forrado de brocado carmesí, y en la parte superior campeaba el escudo de armas reales, el que se repetía en todos los balcones ocupados por la real familia. Como las fiestas se habían de celebrar de noche, se pusieron doscientos árboles que contenían doce cirios de cera blanca cada uno, en otras tantas ramas, y una antorcha en el centro, de suerte que á cada lienzo tocaban cincuenta luces, las que con los cirios componían mil cuatrocientas luces: en cada pilar de los que dividían los balcones, había un hacha de cuatro pábilos en mecheros plateados, y en los ramates novecientos faroles, los trescientos de cuatro luces y los demás de una, de suerte que unidas estas á otras, repartidas dentro de las ventanillas y las puertas, había á la entrada del rey siete mil luces. El primer día, que fué el 15 de febrero, se mandó que á las cinco estuviesen todos colocados en sus puestos, y á esa hora tuvo lugar la mas brillante mascarada que se ha visto jamás en número y riqueza, mandada por el mismo rey, con dos riquísimos carros de comediantes, llamado el uno de la Guerra, y el otro de la Paz. Después de la mascarada, se dividieron en diez y seis cuadrillas para jugar cañas, acompañando á la del rey las del duque de Híjar, marqués de Cusano por la villa de Madrid, los condes de Alba, Oropesa, Miranda y de Tendilla, y mandaba á los contrarios el conde-duque de Olivares y otros grandes, concluyendo la función á las doce de la noche. El 19 dió la villa fiesta de toros en la misma plaza, en la cual hubo diez caballeros de rejon y lanza que se lucieron extraordinariamente.

El 19 de noviembre de 1658 entró en Madrid el almirante de Castilla don Juan Alonso Enriquez de Cabrera, victorioso contra los franceses en la célebre batalla de Fuenterrabía en 7 de setiembre: con este motivo hubo toros en la Plaza Mayor el primero y cuarto día, juego de estafermo y de sortija en la plaza del

Retiro el segundo, y pelea de leones, tigres, osos, alanos y toros, el cuarto, en el mismo sitio. Se repitieron toros en la plaza el 5 de agosto de 1647 con motivo de la publicación de los desposorios del rey con su última mujer, doña Mariana de Austria.

Habiéndose bautizado el príncipe de Fez, tuvieron los grandes carreras de cañas en el patio grande de palacio, y el primero de enero de 1648 toros en la Plaza Mayor, en la que salieron caballeros rejoneadores con brillantes vestidos. En la entrada de la reina doña Mariana en noviembre del mismo año, en cuyas fiestas se corrieron cañas y parejas por el rey en el terrero de palacio, también hubo toros y cañas en la espresada Plaza Mayor, las que se repitieron á 28 de enero de 1658 con motivo de haber salido a misa la reina despues del nacimiento del príncipe don Felipe Próspero. En esta fiesta salieron ocho cuadrillas; la primera regida por el corregidor de Madrid, el señor de Giron, marqués de Casares, y las demas por el duque de Bejar, marqués de Priego, conde de Chinchon, príncipe de Astillana, almirante de Castilla, el conde de Monterey y el condestable de Castilla. Los toros se repitieron el 9 de febrero, en los que rejonearon muchos caballeros. Esta fué la última fiesta real de toros del reinado de Felipe IV.

A pesar del carácter tétrico y sombrío de Carlos II, fué aficionado á los toros, á los que asistía con motivo de fiestas reales, no sin escrúpulos y de que acusarse despues de ello como de un delito. Las primeras fiestas de toros reales aparecieron en este reinado en celebridad del cumpleaños de la reina Maria Luisa de Orleans, que acababa de llegar á ser esposa del rey, cuya fiesta se verificó en la Plaza Mayor el día 7 de febrero de 1680. Torearon en estas fiestas el duque de Medina-Sidonia, el marqués de Camarasa, el conde de Rivadavia, el de Casapalina, el caballero de Calatrava don Juan Fernandez de Zea, y don Cristóbal de Moscoso Monte-Mayor. El primero sacó 404 lacayos vestidos á la turca con telas de color de escarlata, con bordados y medias lunas de plata, alfanges abrigantados y turbantes de lama de plata con graciosos penachos. Camarasa y Rivadavia salieron juntos con 110 negros vestidos de tela pajiza y plata, con dos guarniciones de esterilla de lo propio y guarnecidos de arminos, y llevando todos grillos y esposas de plata en señal de esclavos. Casapalina sacó 104 lacayos á la morisca con libreas verdes cuajadas de guarnición de plata y crestas coloradas al rededor de esta. Don Cristóbal con 100 lacayos á la francesa y 4 á la española con libreas de lama verde, y plata bordada á joyas de oro; y en fin Zea, 40 lacayos vestidos de lana antea y plata con cabos y vueltas encarnadas. Los caballos en que montaban los espresados señores iban ricamente enjaezados, los que se fueron remudando segun la necesidad, siendo el duque de Medina-Sidonia el que mas se distinguió matando dos toros con solo dos rejones, siguiéndole Zea en destreza que mató otro de la misma suerte. Repitióse esta corrida el 26 de abril del mismo año con motivo de cumplir la reina 18 años.

Casándose el rey de segundas nupcias con doña Mariana de Neobourg, hija del conde de este titulo, el día 24 de mayo de 1690, se celebró en la plaza del Retiro una fiesta de toros encohetados, que concluyó con la desgracia de encenderse por descuido un castillo de pólvora dispuesto para fin de la fiesta, lo que causó la muerte de un muchacho y veinte y cuatro hombres heridos. Con el mismo motivo se celebró funcion de toros en la misma plaza (llamada entonces del Juego de pelota) dispuesta por el duque de Medina-Sidonia, alcalde del real sitio. Para esta fiesta se aumentaron á los tabladitos 358 balcones y 169 nichos todo con perfecta simetria. Por la mañana vieron los reyes cuatro toros de prueba detras de la celosia, y por la tarde se celebró

la funcion, rejoneando en ella el caballero de Alcántara don Martin del Prado, don Antonio de la Serna Espinola, que mató con tres rejones tres toros, y don Juan Toledo Machorro, y don Antonio Canal, caballero de Pinto, que hizo prodigios de valor y de destreza. Se dió tal importancia á esta fiesta que cada balcon costó doce doblones y los segundos diez.

Poco aficionado, ó por mejor decir enemigo Felipe V de las fiestas de toros, como sentamos en la primera parte de este artículo, no encontramos en las fiestas reales de su época, toros dispuestos para completarlas de la manera que en los reinados anteriores; pues aun que se celebraron corridas en la plaza de toros el 18 de enero de 1705, con motivo de la entrada del rey de regreso de Italia, y el 27 de diciembre de 1714, por la entrada de su segunda mujer, doña Isabel Farnesio de Parma, no pueden ponerse en el catálogo de toros reales, porque ni asistieron á ellos los reyes, ni se hizo en ellas mas que lo que se acostumbraba de ordinario por los toreros de oficio, que ya en esta época eran dueños absolutos de esta diversion, que abandonó al pueblo la nobleza como hemos dicho.

El 16 de diciembre de 1760, con motivo de haber llegado á esta corte el magnífico Carlos III, de gloriosa memoria, hubo en la Plaza Mayor, toros, para cuya regia fiesta, adornó ricamente la plaza el ayuntamiento. Asistieron los reyes á la corrida principal, y segun etiqueta de esta fiesta, á que la convida el rey, se situó la reina á el lado derecho del balcon, á cuyo lado se colocó tambien el consejo de Castilla, y á la izquierda, los diputados del reino, que se hallaban en Madrid, para jurar á Carlos IV, príncipe heredero. Tambien hubo fiestas en la dicha plaza, en setiembre de 1764, en celebridad de la venida de Maria Luisa de Parma, esposa que fué de Carlos IV. Estas fueron las únicas fiestas reales de toros que permitió el ilustrado Carlos III, el cual prohibió las corridas como nocivas á las buenas costumbres.

Las primeras fiestas reales de toros que aparecen en el reinado de Carlos IV, tuvieron lugar el 20 de setiembre de 1804, con motivo de haberse casado el príncipe Fernando VII, con doña Maria Antonia de Nápoles, y la infanta doña Maria Isabel, con el príncipe. Francisco de Nápoles, que despues ha reinado, y de cuyo matrimonio nació doña Maria Cristina, madre de nuestra reina Isabel II. Para esta fiesta se arregló la Plaza Mayor que se habia quemado en agosto de 1789, de modo que parecia nueva, pues se figuraron con lienzo y madera, las casas destruidas. Luego que se colocaron los reyes y principales, en el balcon de la Panaderia, salió la compañía de alabarderos á situarse debajo del balcon del rey, en cuyo sitio se mantuvo al descubierto, hasta que se terminó la fiesta, y delante de ella seis alguaciles de casa y corte, á caballo, los cuatro degollilla, y los otros dos con uniforme de las caballerizas reales, por ser de su juzgado, á fin de tomar las órdenes del caballerizo mayor que manda la plaza bajo las inmediatas órdenes del rey. Salieron cuatro caballeros á quebrar rejoncillos, apadrinados por el conde de Altamira y duque de Osuna, los cuales fueron en sus carrozas, acompañados de sus volantes, lacayos y chulos, á saludar al rey, y volvieron á salir por el arco de Toledo. Volvieron á entrar en la plaza los caballeros, ya montados y vestidos á la antigua, precedidos de cuatro cuadrillas de cincuenta parejas de volantes cada una, sus dos chulos á los costados, y detras seis caballos de la real caballeriza, aderezados á la gineta, é igual número de palafreneros con vistosas libreas. Hechas las tres cortesias de etiqueta al rey, quedaron solos los caballeros en la plaza con sus chulos, y empezó la funcion rompiendo rejoncillos, no sin algunas caidas de caballeros, que se portaron con bizarria y valor. Las cuadrillas de á pie de esta fiesta, las mandó el célebre espada, José Romero, que por su serenidad, maestria en el toreo, y buen matedor fué el Montes, de su época.

En ninguna de las cuatro funciones reales, por las cuatro bodas de Fernando VII, hubo fiestas de toros en la Plaza Mayor, y solo tuvo lugar una función extraordinaria en la plaza de la puerta de Alcalá, el día 14 de agosto de 1828, con motivo de la vuelta del rey, de haber vencido á los realistas que se levantaron en Cataluña, á favor de su hermano don Carlos, por el que hemos sufrido la guerra civil que terminó en 1840; pero esta fiesta no tuvo caballeros en plaza, ni nada de extraordinario, pero sí se quebraron rejoncillos á la antigua usanza en las dos corridas que el 15 y 16 de diciembre de 1829, se verificaron por la entrada de la reina Cristina y sus augustos padres los reyes de Nápoles.

Jurada princesa de las Asturias nuestra adorada reina doña Isabel II, en 19 de junio de 1855, el día 25 del mismo se verificó la función real de toros en la Plaza Mayor, que se aderezó ricamente al efecto, completando los huecos de la misma con casas de madera y de lienzo. Los reyes, princesa é infanta doña Luisa, con toda la demas familia real se colocaron en el balcón grande de la real Panadería. La plaza estaba toda colgada de grana encarnada con franjas de oro, y la barandilla superior de azul celeste, y el palacio de la Panadería se hallaba colgado de terciopelo carmesí en el piso principal, en el segundo de damasco amarillo y en el tercero de azul. Luego que se regó la plaza, con carros y cubas azules, y que los alabarderos se pusieron al descubierto debajo del balcón del rey, salieron los alguaciles de casa y corte á caballo, y detras cuatro carretelas acompañadas de chulos, en las que iban otros tantos caballeros en plaza apadrinados por el conde de Floridablanca, y de defensor el espada Lucas Blanco; por el duque de Frias y defensor el espada Juan Leon; por el duque de Alba y el espada Juan Gimenez, y por el duque del Infantado y el célebre espada Francisco Montes. Hechas las cortesías de etiqueta por los caballeros, salieron con sus padrinos y volvieron á salir precedidos de una gran comparsa compuesta de indios, turcos, romanos y españoles vestidos á la antigua, y seguidos de 24 caballos perfectamente enjaezados guiados del diestro por los palafreneros del rey. Empezada la función hicieron los caballeros la bonita suerte de romper rejoncillos, en la que todos cayeron á escepcion del valiente don Ignacio Artaiz, defendido por Montes, que se retiró sin caer y sin haber perdido su primer caballo, y despues de haber matado el sexto toro de un rejonazo. El ultimotoro se lidió y mató de noche, estando la plaza completamente iluminada con setecientas hachas de cera que se colocaron á una señal, á un mismo tiempo en todos los balcones. La villa celebró la fiesta al siguiente día, y en ella rejonearon tres caballeros, entre los cuales un tal Quintano fué el mas valiente y atrevido. Estas fiestas reales de toros fueron las últimas celebradas en el reinado anterior.

Si bien en este reinado en que se ha aumentado considerablemente la afición á las fiestas de toros, ha habido muchas corridas con motivo de festejos públicos patrióticos, todas han sido en la plaza de la puerta de Alcalá y sin los aparatos de fiesta real, y así es que solo se nos presenta como tal las celebradas los días 16 y 17 del pasado octubre de este año 1846, verificadas en la Plaza Mayor con motivo de los matrimonios de S. M. con su augusto primo el infante don Francisco de Asis, y de la princesa doña Luisa con el duque de Montpensier, hijo menor del rey de los franceses. Jamás se ha dispuesto la plaza en menos días que para estas fiestas, puesto que solo se tardó en formarla del todo 15 días, habiendo tenido que desempedrarla, allanarla, hacer los tendidos y galerías y ejecutar de madera y lienzo formando casa los huecos de la calle de Boteros, y el arco de Santa Cruz y casa que falta á uno de sus lados. Se colgaron los balcones principales y terceros de paño carmesí corridos en todo su ámbito, con anchas franjas de gasé de oro, los

segundos de amarillo con franjas gasé de plata, y las barandillas de los terrados de tela azul, de suerte que el centro de todo alrededor de la plaza ostentaba los colores del pabellon nacional. El palacio de la Panadería se colgó de encarnado y azul, de seda, y en el centro se puso un rico dosel de terciopelo con forro de armiño, para SS. MM. y AA., y por las noches setecientas hachas de cera de á cuatro pábilos alumbraron toda la plaza formando una magnífica vista por la igualdad de sus luces y adornos. El toril se situó en la calle de las Zapaterías como siempre, y el arrastradero enfrente á la Panadería segun costumbre, dándose los caballos á los picadores por el arco de Santa Cruz, y siendo ingreso el de Toledo para los caballeros en plaza, tropas, comparsas y demas operantes. El área de la plaza que consta de 151,068 pies, formando la figura de un paralelogramo de 502 pies de latitud por 454 de longitud, se redujo despues de hechos los tendidos y barreras á 87,822 pies de superficie para celebrar la lid; pero esta vez se pusieron burladeros á los extremos para mayor ventaja de los lidiadores y evitar la rincónada.

A las tres de la tarde se presentaron SS. MM. y AA. en su balcón bajo del régio dosel. En seguida salieron á la plaza la compañía de alabarderos, que se situó armada de alabardas al descubierto y debajo del balcón real; despues salieron los alguaciles de villa, por no haberlos de la real casa, mandados por el gefe de la ronda, por no haber alguacil mayor, y despues los caballeros en plaza don Roman Fernandez, don Antonio Miguel Romero, don Federico Varela y Ulloa y don José Cabañas, los cuales apadrinados por el orden que se hallan aqui, de los grandes de España conde de Altamira, duque de Abrantes, duque de Medinaceli y duque de Osuna, los que en sus ricas carretelas tiradas por briosos caballos ricamente enjaezados y con penachos y seguidos de 28 caballos vistosamente enjaezados y conducidos por palafreneros con libreas, se presentaron delante de SS. MM., donde por su orden fueron haciendo las cortesías de etiqueta en estas fiestas bajándose el efecto de las carretelas. Acompañaba á la primera carretela el espada Gimenez, alias el Morenillo, con su cuadrilla para proteger al primer caballero: con la segunda el espada llamado el Chiclanero con la suya, que debia defender al segundo; con la tercera Juan Leon defensor del tercero, y con la cuarta el célebre Francisco Montes que con su cuadrilla debia proteger el último caballero. Luego que dando vuelta á la plaza salieron los coches, volvieron en seguida á entrar montados los caballeros vestidos á la antigua española, precedidos de la guardia antigua de la lancilla, vestida á la chamberga, y seguidos de muchos pages y escuderos, con dalmaticas de armeria los heraldos que les precedian, terminando el acompañamiento los 60 lidiadores que componian las cuatro cuadrillas, con riquísimos trages y sombreros de tres picos en facha sobre las moñas. Luego que se retiró el acompañamiento despues de haber vuelto á saludar á S. M., quedaron en la plaza solo los alguaciles á caballo que no pueden en estas fiestas dar la espalda á los reyes, los caballeros puestos en su lugar y los lidiadores en el suyo, S. M. la reina dió la orden de empezar la función arrojando la llave del toril adornada de bonitas cintas, la cual corrió el alguacil, segun costumbre. Al salir el primer toro se espacieron por toda la plaza una bandada de palomas adornadas con muchas cintas, y de las banderillas rizadas que pusieron al toro salieron infinitud de pajarillos con vistosas cintas. Tres caballeros tuvieron que retirarse despues de caer varias veces y de perder los caballos, y solo quedó en la lid, el valiente don Antonio Miguel Romero ahijado del duque de Abrantes, y defendido por el Chiclanero, el cual con una serenidad y admirable destreza y arrojo dió muerte á los toros á veces de un solo rejonazo, lo que le valió justos y estrepitosos aplausos; su valor fué pre-

miado con haberle manifestado S. M. su complacencia, regalarle la espada que ciñó en sus bodas el duque Montpensier, con un rico regalo de su padrino y con otros obsequios hechos por la reina. Luego que ésta mandó retirar al caballero, siguieron los lidiadores de oficio la función, distinguiéndose en ella el famoso Montes y su discípulo y sobrino el Chiclanero. Al siguiente día, que dió la función la Villa de Madrid, asistieron también SS. MM. y AA., y se verificó la función del mismo modo que en el anterior con la diferencia de que no asistieron los alabarderos, y de que se presentaron a quebrar rejoncillo, los caballeros en plaza que había nombrado el Excmo. ayuntamiento don Fernando Aceves, don Mariano González y don José Perez Olmedo, apadrinados por los regidores.

El segundo caballero tuvo que retirarse al primer toro casi exanimado de un porrazo, y los otros dos se sostuvieron hasta el tercer toro en que se les mandó retirar, siendo el

Olmedo el que se portó con mas valencia y serenidad. Al matarse el último toro, se despidieron SS. MM. y AA., y a este mismo tiempo se iluminó de repente toda la plaza. En la función del día siguiente no hubo caballeros en plaza y fué en todo una corrida como las comunes, la cual no se pudo concluir por suspender el quinto toro, á causa de lo mucho que llovió aquella tarde. El día 20 se verificó función real de novillos con dos toros de muerte, danzas, cueca y fuegos artificiales en la plaza de la puerta de Alcalá, á la cual asistieron SS. MM. y AA. Hecha la descripción de estas fiestas hemos terminado nuestro empeño, quedándonos solo la esperanza de que nuestros lectores con su acostumbrada indulgencia nos perdonarán las faltas en que involuntariamente habremos incurrido como historiadores de las fiestas reales de toros.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

TRAGES ANTIGUOS.



TRAGES SAJONES DE 855.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

DON FELIX JOSE REINOSO.



ació en Sevilla en 20 de noviembre de 1772. Sus padres gozaban de unas regulares facultades, y ejercían en aquella ciudad la industria conocida con el nombre de arte de la seda. Desde sus primeros años se dedicaron á la carrera eclesiástica, para la que tenía especial vocación. En la universidad de la misma ciudad siguió

los estudios de filosofía, teología y cánones, y se distinguió siempre tanto por sus talentos y aplicación, cuanto por su excelente conducta y circunspección. Al mismo tiempo y para distraerse y descansar de las tareas de su carrera, cultivaba, en compañía de varios amigos y compañeros de estudios, todos los ramos de la literatura, siendo uno de los que principalmente contribuyeron á la fundación de la Academia de letras humanas que se estableció en dicha ciudad. En esta academia leyó varios escritos en prosa y composiciones poéticas, y explicó un curso completo de Humanidades. Entre los trabajos que presentó á la academia debe hacerse especial mención de los que merecieron premio en certámenes públicos; tales son un discurso sobre las causas del atraso de la elocuencia en España; una oda al Ser Supremo contra los ímpios que niegan su existencia; un elogio de Pelayo; y un poema épico en dos cantos, intitulado: *La inocencia perdidá*. Ordenado de sacerdote, y habiendo obtenido el curato de la parroquia de Santa Cruz, era venerado en Sevilla como un eclesiástico de ejemplar conducta, dedicado enteramente á los deberes de su ministerio. En su parroquia recaudaba el mismo limosnas á las puertas de su iglesia para socorrer á los pobres y enfermos de su feligresía, estableciendo al efecto una junta de caridad. En su misma casa destinó una sala para vacunación pública y gratuita. Cuando las tropas francesas invadieron las Andalucías, Reinoso no pudo permanecer en su obscuridad y retiro: su literatura, su piedad, y el celo con que promovió el establecimiento de hospitales de desfallecidos, le dieron á conocer del gobierno que á la sazón mandaba, y se vió comprometido á aceptar una canongía en la catedral de Sevilla. Despues que las tropas francesas evacuaron la capital de Andalucía, volvió al retiro pacífico de donde había salido, consagrándose enteramente al cultivo de las letras. En 1817 y sucesivamente hasta el de 20, explicó Humanidades en una cátedra que para utilizar los grandes conocimientos de Reinoso, fundó la Sociedad Económica de Sevilla. En 1820 pasó á la ciudad de Cadiz para ocuparse, por encargo de aquella diputación

provincial, en los trabajos económicos y administrativos que le encomendaron. A fines del año 23 vino á la corte, y en 15 de enero de 1827 fué nombrado redactor primero de la *Gaceta*, y poco despues individuo de una comisión de estadística, que posteriormente presidió. El año de 30 fué separado de la redacción de la *Gaceta*. En el año de 33 fué nombrado dean de la Santa Iglesia de Valencia y ministro del tribunal de la Rota, habiéndose antes dignado S. M. el rey Fernando nombrarle, por impulso propio, comendador de la orden americana de Isabel la Católica. Fué individuo y presidente de la Inspección de imprentas y librerías del reino. Despues de haber experimentado en diferentes tiempos algunos ataques cerebrales, efecto de sus prolongados trabajos, falleció en el invierno de 1841. Su cadáver fué embalsamado á expensas de su amigo íntimo y albacea el excelentísimo señor don Manuel Perez Seoane, y colocado en un nicho del cementerio de San Isidro.

Sus obras principales son, ademas de las que ya hemos citado: *El exámen de los delitos de infidelidad imputados á los españoles sometidos bajo la dominación francesa: Modelo de ordenanzas municipales circulado por la diputación de la provincia de Cadiz: Plan del censo de la misma provincia dispuesto por el espresado don Felix, y publicado por la diputación provincial para la formación de estados de los pueblos de su distrito: Manifiesto de la diputación provincial de Cadiz á los pueblos de su distrito y á toda España: Reparos á los primeros libros del proyecto de código penal: Anales de la diputación provincial de Cadiz: muchas composiciones poéticas, impresas unas en varios periódicos, y otras manuscritas, de que sus amigos conservan copias: gran número de artículos sobre política, administración y literatura, publicados en la *Estafeta de San Sebastian*, en la *Gaceta de Bayona*, en la *Gaceta de Madrid*, en la *Revista de Madrid*, y en otros varios. Ha dejado manuscritas obras preciosas, entre las cuales debemos hacer mérito de un discurso acerca del estilo poético, y de un curso completo de literatura, con arreglo al plan de sus explicaciones.*

En su primera juventud, fué Reinoso uno de aquellos jóvenes, que acompañando los estudios propios de su carrera con el de las letras humanas, restablecieron en Sevilla la bella literatura, continuando el impulso que Melendez acababa de dar, con la publicación del primer tomo de sus poesías. Dotado Reinoso con el instinto del gusto y con una afición extraordinaria á las obras artísticas, de que los templos, monasterios y hasta casas particulares de aquella capital, presentaban tan magníficos monumentos, no podia ser insensible á las bellezas de la poesía, á cuyos goces parecia convidarle la brillantez de su imaginación, y la delicadeza de su oído. Su gusto y su razón fueron su única guía en su educación científica y literaria. Asociado á varios jóvenes estudiosos, unidos todos por la igualdad de fortuna, por la identidad de carrera, por la afición á unos mismos estudios, y por la conformidad de sus ideas y sentimientos morales, principiaron sus trabajos por la lectura de los mismos autores de pura latinidad, que en sus primeros años les habían puesto en las manos. Este estudio lo acompañaron á poco con el de nuestros buenos escritores del siglo XVI, y en él empleaban todas las horas de descanso, que les permitían sus tareas universitarias. Buscando casi única-

mente en estas agradables tareas recreo y solaz, se desarrollaba su gusto naciente, y se formaba y depuraba cada vez mas. El placer que la amistad comunicaba á estas gratas reuniones llegó á formar en breve un entusiasmo ardiente por todo género de literatura, y en especial por la poesia. Constituidos despues en academia se ejercitaban en esponer é interpretar á Horacio, y en explicar sobre todo su arte poética. Para esto les sirvieron de guía

la poética de Luzan, que como es notorio, comentó á Aristóteles y á Horacio y la retórica de Quintiliano. A instancias de Reinoso, se hacia un estudio incesante y profundo del idioma pátrio, como un instrumento que emplean la elocuencia y la poesia para producir sus efectos. En esta academia se estudiaban los modelos que nos ofrecen Ciceron, Horacio, Virgilio, y las mejores composiciones poéticas del siglo XVI. El estudio de



DON FELIX JOSÉ REINOSO.

la poesia latina y castellana se amplió con el de la italiana, inglesa y francesa, leyendo al mismo tiempo y estudiando las obras de los mejores preceptistas estrangeros, siendo entonces la mas celebre, la de Batteux, intitulada: *De las bellas artes reducidas á un mismo principio*. Esta obra y otras dieron principio á la introduccion del análisis filosófico en el estudio de las Humanidades, cuya empresa seguramente casi llevó á su término Reinoso, siendo profesor de literatura en Sevilla.

La historia de la educacion literaria de Reinoso se confunde con la de la academia sevillana. En el seno de ésta, y con arreglo á las doctrinas y principios que en ella se proclamaron, leyó sus primeros escritos tanto en prosa como en verso; y en la misma formó y perfeccionó su gusto. En la misma, ademas de aprovechar los consejos de sus amigos y compañeros, utilizaba al mismo tiempo la natural delicadeza y correccion de su gusto, y el estudio tan profundo que hacia de las teorías literarias, de los mejores modelos del arte, y de las obras de mas

mérito en critica literaria. En el primer tomo de las *Memorias* de la academia, y en el *Correo Literario* que se publicaba en aquella ciudad, aparecieron los primeros ensayos poéticos de Reinoso, en los cuales desde luego, haciendo abstraccion de otras prendas, se reconocen tres circunstancias; 1.^a Las costumbres severas del poeta, que escoge siempre asuntos sagrados como mas conformes con su ministerio; 2.^a El esmero mas singular en el escogimiento de las palabras, de las frases y sentencias y en la correccion del language, advirtiéndose al mismo tiempo la maestria con que empleaba todos los recursos de la lengua; y 3.^a una tendencia conocida á la formacion de un language esencialmente poético, que llegase á hacer del habla un pincel, que diese color y animacion á las palabras para escitar por medio de ellas las impresiones que el poeta pretendiese comunicar á los lectores. En este propósito tenian los poetas sevillanos una guía que seguir en las composiciones de Herrera, Rioja y algun otro.

Una de las materias que mas estudió la academia sevillana, y en que Reinoso trabajó con mas empeño, fué la de la formación del estilo en general, y en particular de la mejora y perfeccion del poetico. Todos los individuos de la academia sevillana participaban del gusto por la buena elocucion poetica, habiendo sido el principal motivo de la fundacion de aquella, el de resucitar la antigua escuela de los poetas que acabamos de mencionar. Cualquiera que sea la diferencia que haya entre las obras de los varios académicos, y los caracteres y gusto particular, en que cada cual se distingue, todos convienen en los caracteres generales del estilo, que se formó sobre un mismo tipo Reinoso, en quien podian compararse el sentimiento del gusto y la gala de la fantasia con su atencion á las investigaciones filosóficas, fué el que mas estudió y meditó este punto, y consiguió en un extenso discurso que escribió sobre esta materia, y que desgraciadamente aun no ha visto la luz pública, explicar y caracterizar de un modo completo y preciso, tanto el estilo en general, en sus diferentes clases, como el que se denomina estilo poetico. Estas investigaciones serian hoy, tanto mas estrañas, cuanto que es una materia que en nuestros dias se estudia menos de lo que debiera.

Ademas de los asuntos sagrados, que forman la parte principal de las composiciones poeticas de Reinoso, cantó la amistad, y lloró la muerte de varios de sus amigos. Como la poesia, aunque toda su vida la cultivó, no fué su principal y única ocupacion, por eso nunca se empleó sino en aquellos asuntos que mas halagaban su imaginacion ó que escitaban su genio. Pocas veces se ejercitó sobre un asunto dado; pero en una se ocupó en un poema, de bastante importancia por cierto, y que trabajó para un certamen, que en el año de 99 abrió la academia sevillana. Era el asunto la caida del primer hombre, asunto arduo, tanto por sí mismo, cuanto por las formas épicas en que debía ser desempeñado. Este poema fué premiado por dicha academia, y el éxito que produjo su lectura fué tal, que segun dice el autor en la advertencia que precede á dicho poema, «creyó sin duda que las musas habian ya dado á su débil ingenio todo el premio de gloria que era capaz de recibir.» Apesar de esto, no pensó nunca Reinoso en imprimir este poema, sino hubiese ocurrido que apareciese á poco impreso furtivamente, lleno de absurdos, estropeado de errores, y plagado de las mas groseras incorrecciones. Entonces lo publicó, y de un juez tan competente como el señor Quintana, mereció el fisonómico juicio, que á continuacion copiamos, pues nada podriamos decir que fuese capaz de igualar á lo que escribió este insigne literato.

«Nosotros, dice, estamos muy lejos de aprobar la supercheria de que el autor se queja, y de que procedió la primera edicion de este poema, publicada á fines del año pasado. Pero si esta edicion espuria y miserable, contra la cual quiso el señor Reinoso reclamar al instante públicamente, ha sido la causa de la que anunciamos ahora, en donde la obra se presenta al público con toda la correccion que su autor ha querido darle; reprobando la conducta del primer editor, habremos de agradecerle en parte este agradable presente que se hace ahora á nuestra literatura.

«La soberbia de Luzbel, su envidia hacia la felicidad del hombre, criatura de una especie tan superior á la suya, el venturoso estado de nuestros primeros padres en la inocencia, el artificio con que es seducida Eva para gustar del fruto prohibido, la flaqueza de Adán que la acompaña en su culpa, el Eterno irritado de su inobediencia, el Verbo aplacándole y ofreciéndose á satisfacer por el hombre, y por último la salida de los dos culpables de aquel lugar de delicias, son los objetos que se pintan en este pequeño poema, en cuyo plan el autor se ha atenido juiciosamente á las ideas generalmente conocidas, creyendo quiza, y con razon, que en esta clase de

asuntos, cualquiera innovacion es sumamente arriesgada. «Los personajes que entran en la composicion del cuadro están pintados con la propiedad conveniente; soberbio y envidioso Luzbel, curiosa Eva, débil Adán, poderoso y grande el Eterno. Sus razonamientos están adaptados á su situacion y circunstancias, y generalmente interesan; sin embargo de que en la parte dramática del poema el autor no se presente tan ventajosamente como en la descriptiva.

«Aqui es donde encontramos su mérito principal. La diction es generalmente noble y escogida, el estilo animado y poetico, los versos sonoros y armoniosos. Jamás la bella y difícil versificación de la octava se ha visto en estos últimos tiempos manejada tan superiormente, y nosotros lo decimos con una satisfaccion igual al placer que hemos tenido en su lectura. Véase por ejemplo esta comparacion, cuando Luzbel se lanza desde el abismo á la tierra.

«Cual de Etna la alta cima vacilante
Tiembra encendida, el hondo seno brama;
Y el humo en pardas nubes ondeante
De luz cárdena en ráfagas se inflama:
Súbito de la voca hondonante,
Raudal de turbio fuego se derrama,
Que hendiendo el árido monte en ancha calle
Piedras y árboles vuelca al hondo valle;
«Rápido corre la feráz campaña
Allanando las selvas; el arado
Y el huey tardo arrebatá, y la cabaña
Y al pastor dentro arroja descuidado;
Trastorna los palacios su impia saña,
Rueda estruendoso el artesón dorado;
Cae sobre el mar sin aplacar su ira,
Y por las hondas encendido gira:
«Tal raudal sale del abismo horrendo
Envuelto en negras llamas el impio, etc.

«Véase esta otra en la incertidumbre de Eva al tiempo de la tentacion, donde el autor ha querido luchar con la comparacion antigua de la luz del sol ó de la luna reflejada en el agua movediza

«Cual Sirio abrasador ó el frio Arturo
Cayendo sobre el mar su luz envia
Del olmo traspasando el toldo oscuro
Que susurrante mece el aura fria;
Hora entero se mira el fulgor puro,
Hora se pierde entre la pompa umbría.
Ya mengua el disco trémulo, ya crece,
Ya en destellos se parte y desaparece:
«Así de Eva la mente vaga incierta,
Ya se alienta, ya teme etc.

«Puede tambien citarse como un modelo de estilo gracioso y fácil esta octava del canto 4.º

«En tanto la ovejuela en la llanura
Al verse que de presto goza vida,
Celebra á par del lobo su ventura
Y á trisear con halagos le convida:
Tal vez mirando acaso hácia la altura,
Ve las aves vagar embebecida,
Y á sus cantares de ella no sabidos
Responde simplecilla con balidos,

«Y como muestra de la misma facilidad, pero de un estilo mas grandioso y mas lleno estas dos del canto segundo.

«En medio del Paraiso su guirnalda
Sobre palma y ciprés coposo estiende,
Arbol bello, que en ramos de esmeralda
Lucientes pomas de carmin suspende;

Arbol funesto, á cuya umbrosa espalda
Blandida al aire su guadaña tiende:
La hambrienta parca, por fatal tributo
De quien gustare el delicioso fruto.

•Llega debajo el árbol, cuando presta
Horrenda sierpe de la hojosa cima
Súbito se desrolla, y vibra enhiesta
La aguda lengua que Satan anima.
Plega en arcos la espalda, la alta cresta
Sobre la inmensa mole se sublima:
Eva á su vista pavorida huyera
Si temor la inocencia conociera.

«Este rasgo último es sobre manera ingenioso y delicado. Nos sería fácil aumentar las citas; pero el poema es tan corto, y hay en él tantas señales de talento, que sería preciso copiarle casi entero, si hubiésemos de insertar en este artículo todas las cosas apreciables que contiene.

•Mas este mismo reconocimiento que hacemos del singular talento del autor, y del mérito de su obra, nos autoriza á manifestar con sinceridad y franqueza lo que no nos ha parecido que corresponde ni á uno ni á otro. Ya á primera vista el asunto no se presta mucho, en nuestro sentir, á la imaginación del poeta. Un maestro del arte ha dicho que los misterios de la religión cristiana eran poco susceptibles de los ornatos poéticos; y en efecto si se considera que para tratar bien un asunto es preciso dominarle mucho, y que la fantasía le altere y modifique á su arbitrio, dándole un ser nuevo y nuevos aspectos, se verá que no cabiendo esta licencia en objetos, que es fuerza adorar con terror y respetar en silencio, el talento poético debe por precisión manifestarse en ellos desnudo de invención, tímido en los planes, y triste y pobre en el ornato. Milton, se nos dirá, ha hecho un poema épico del pecado original; pero si la imaginación verdaderamente sublime de aquel gran poeta, pudo esparcir en algunos trozos de su obra bellezas que serán eternas; por otra parte su asunto ¿no le ha obligado en el resto á presentarse menos como un poeta, émulo de Homero, que como un catedrático explicando lecciones de teología?

•Otra cosa que se hace notar en el poemita español es que la seducción no está preparada con el artificio correspondiente. La serpiente en Milton llama la atención de Eva, no por su terribilidad, sino por lo bello y vistoso de sus formas y de sus colores: la atención se convierte luego en maravilla al oír la articular palabras; ¡y qué palabras! Eva en ellas es la soberana del universo, la imagen mas noble del Criador, digna de mandar á los ángeles, y de que los dioses la sigan disputándose el honor de servirla. ¿Como es que habla? se pregunta Eva; y el tentador responde que el fruto delicioso de un árbol le ha dado la palabra, y una inteligencia divina. Admirada y llena de curiosidad quiere ver aquella milagrosa planta, y se deja guiar por la serpiente al sitio en donde está. A su vista reconoce que aquel es el árbol prohibido y resiste á la tentación; pero las sugestiones pérdidas del seductor, el aspecto detestable que dá á la prohibición, la vista hermosa del árbol, el aroma que despiden el fruto, todo parece que naturalmente la conduce á vacilar y á caer.

•Este pasaje, uno de los que hacen mas honor al ingenio y arte de Milton, era un buen modelo para imitarse, no en toda su extensión, sino acomodado á las dimensiones que el poeta español ha dado á su obra. En esta última la serpiente es horrible, no vistosa: sus palabras en vez de ser de insinuación y de artificio, son de blasfemia y de indignación, y es claro que este lenguaje en vez de persuadir á Eva, debía al contrario repugnarla y horrorizarla.

«En cuanto á la ejecución, aun cuando, según ya hemos manifestado es acreedor el autor á grandes elogios, nos parece en primer lugar que el sistema de lenguaje adoptado por él es demasiado atrevido. Las voces *enantes*, *podrecida*, *nudo*, (por desnudo) *laso*, *pavorida* y alguna otra tan nueva u olvidada como ellas, no ofrecen en su uso aquella razon de necesidad ó de energia con que se disculpen ó se autoricen. Igualmente parecen viciosos por la frase estos versos.

..... Y ella en pago
Los lleva á su regazo y los halaga.

Salen ¡ay! la mansion de la alegría
Donde ¡infelice yo! nacer debía.

«Nos parece que el uso comun de los autores, y de la conversacion, es decir, *en pago* y no *en paga*, y que la supresion de la preposicion *de* en el penultimo verso, es opuesta á nuestra sintaxis. Esto último es tan reparable, que mas bien nos inclinamos á creerlo yerro de imprenta, que distraccion ó error del escritor.

«Es lástima tambien que siendo el autor generalmente tan sonoro y numeroso en sus versos, haya dejado por corregir algunos á quienes hace desagradables la frecuencia de sinalefas duras y difíciles: tales por ejemplo son estos sacados de las primeras octavas:

•Cantaste de Jeová á su pueblo amado....
•Turbado escuchará él mentido Apolo....
•Airado sacudió el rayo primero....

«Y otros de la misma clase esparcidos acá y allá en el poema, que disminuyen algun tanto el placer de su lectura, y no pueden encontrarse sin ceño en medio de los demas.

«Como no dudamos que el señor Reinoso tendrá ocasion de volver á imprimir su obra, esperamos que entonces haga desaparecer estos lunares, siempre reparables en un poema de tan corta estension, y no correspon lientes al gusto y talento distinguido que en él se manifiestan.» (1)

Prescindiendo de que las principales observaciones del señor Quintana, recaen sobre cosas que se refieren á doctrinas literarias y á sistema poético del autor, debemos decir, que en nuestra opinion, y según han demostrado ya prácticamente varios poetas, los asuntos religiosos no dejan de prestarse á la imaginación de un poeta, siendo un manantial fecundísimo de bellezas, que enlazadas con el interés mas general de los pueblos, cuales son las creencias, no pueden menos de interesar en todas las edades. Si los asuntos religiosos en general son estériles, si lo es el de la *Inocencia*, fácilmente se comprende, que en este caso, y dando por inconcusa esta opinion, habrá de inferirse que las bellezas en que abunda el poema, son debidas al genio del autor. En prueba de que aun los asuntos teológicos y abstractos son siempre susceptibles de las galas de la poesía, nos valdremos de un ejemplo tomado del mismo poema. Despues del primer pecado fueron los hombres auxiliados con la gracia divina que habian desmerecido, en presencia de los méritos futuros de Cristo. Véase el tono que dá Reinoso á este pensamiento absolutamente teológico:

•Ven, ¡ó Jesus! Ya el triste del tesoro
De tu Pasion recibe su consuelo,
Cual antes de nacer sus rayos de oro
El sol despunta en el rosado cielo.

(1) Algunas de las observaciones que siguen, se encuentran en la Biografía del señor Reinoso, que escribió el autor de este artículo, y que se ha publicado en la *Galeria de españoles célebres*.

¡Qué giro tan apartado de la escuela! ¡Qué comparación tan brillante y exacta! ¡Qué dición tan bella y escogida! Véase como pueden espresarse en poesía aun las verdades mas abstractas por una pluma diestra.

Pero el interés y el mérito de este poema no consisten tan solo en su ejecucion, sino tambien en su acertado plan. Primeramente, la accion gira sobre los males de la humanidad, objeto siempre interesante aun para los pueblos que no crean hallarle en el asunto del poema. Los personajes son un dios que acaba de criar el mundo; una multitud de espíritus llenos de poder y enemigos del Ser Supremo, y últimamente los dos primeros padres del género humano. El lugar de la escena es el orbe recién formado. ¡Cuántos conceptos sublimes se desprenden de la naturaleza de estos personajes! Para preparar á sus oyentes é inspirarles un silencio religioso y una melancolía sublime, le basta anunciar de esta manera el objeto de su canto:

•Y en las regiones, do el primer viviente
Moró apenas en cándida inocencia
Mi voz repita á la futura gente
El precio de su altiva inobediencia.»

Con solo comparar esta esposición con las de Homero y Virgilio, facilmente se conocerá que la del asunto de la Inocencia interesa mas vivamente, como no puede menos de interesar el oír hablar del primer viviente, de las regiones do moró apenas en cándida inocencia, y el ver que el poeta no canta solo para los hombres que existen sino tambien para las generaciones venideras.

La seducción de Eva se halla en nuestro humilde concepto, muy felizmente preparada. Milton habia ocupado la única senda que se podía seguir, ¿qué haria Reinoso? No podía aspirar al mérito de la novedad, ni tampoco las dimensiones del poema le permitian seguir al poeta inglés. Y obligado á ceder á Milton su rumbo delicado, adoptó el de dar á su cuadro un aire sombrío y terrible. La serpiente es espantosa; nada hay en ella que pueda atraer. La muger se acerca al árbol vedado conducida por la curiosidad que desde lejos le escitó su belleza, cuando examinaba atenta todo el paraíso. ¿Por que no huye asombrada? Esto lo previene el poeta de un modo muy delicado.

•Eva á su vista pavorida huyera,
Si temor la inocencia conociera.»

La seducción, salvo el respeto que merece un literato tan eminente como el señor Quintana, nos parece preparada con habilidad y maestría. Véase de que manera se pinta el corazón de Eva desde que se acerca al monstruo, y las palabras capciosas que la dirige el tentador.

•Eva lo entrevé y tiembla, ni se atreve
A adelantar la temerosa planta:
Alza los ojos paso, y ya la mueve
Curiosidad de ver belleza tanta.
Retiembla el pecho inflamado, y lanza breve
El mal cogido aliento: ya adelanta
El pie.

¿Do está esa libertad? el albedrío
¿Do está de que os gloríais? esclavos viles,
Esclavos os llamad, ó el señorío
Cobrad que en vano os dieron: ó serviles
Súbditos sed, ó dioses: os lo fio.
Lo sereis: elegid. A las gentiles
Ofertas Eva por el fruto arde,
Y quiere de ser libre hacer alarde.

Como hemos visto, Reinoso estaba dotado de una imaginación lozana y de genio poético. El estudio tan profundo que hizo de la literatura, y la misma delicadeza y corrección de su gusto, le impediría quizá en algu-

nos casos un vuelo mas atrevido y osado; pero en la altura á que se elevaba, se mantenía siempre con magestad, porque su adición y su gusto especial le inclinaban á todo lo sublime, y especialmente en la poesía. Casi puede decirse que de ella éste fué el único género que cultivó. Deseguro mas trabajaria Reinoso para producir una anacreontica, si empresa tal hubiese acometido alguna vez, que para escribir su oda á la creación, ó algun himno á la divinidad. No aparece en sus obras, tanto en verso como prosaicas, ninguna señal que descubra facilidad en producir. Un amigo nuestro, después que leyó diferentes composiciones poéticas de Reinoso, nos decía: «esto debe haber costado gotas de sangre;» aludiendo al singular esmero y á la corrección suma que por todas partes se descubren. En efecto, carecia de facilidad en versificar, y esto en nuestro concepto dependia de dos causas; primera de la abundancia de pensamientos que se aglomeraban á su imaginación. A pesar de la facilidad con que se producía en prosa, á veces se le advertía visiblemente que luchaba para dar orden y concierto á la abundancia de ideas que su imaginación le sugería; segunda, la misma delicadeza de su gusto, á pesar de haberse llegado á convertir en un instinto natural, y aunque no le serviese de embarazo, no podría menos de enfrenar algun tanto las fuerzas de su espíritu, y de distraer su ánimo. Reinoso no estaba exceptuado de una ley general á todos los preceptistas; pero con la diferencia de que su mismo gusto, y sobre todo la gran maestría con que manejaba el idioma, no le permitian nunca degenerar en tibieza y languidez ni dejar de interesar por las bellezas de elocución de que están llenas todas sus obras. Estas, tanto en prosa como en verso, llevan un sello propio de dignidad, de nobleza, de elegancia, de escogimiento de palabras, de armonía de la frase, y de cierta pompa característica, que las distinguirá siempre en el concepto de cualquiera persona de alguna inteligencia en estas cosas, que haya leído de Reinoso una docena de versos ó media de líneas en cualquier escrito en prosa. Este carácter especial no resulta solo de las cualidades que hemos apuntado, sino del conjunto de todas aquellas que se refieren á la armonía, ya de los versos, y ya de los períodos poéticos ú oratorios. El esmero de Reinoso en cualquier género de escritos y aunque fuese en una carta, es cosa que generalmente no se acostumbra ni aun entre los literatos. Desde luego, puede suponerse que no se propendría la imitación de este ó aquel escritor antiguo, cualquiera que fuese su mérito, sino que se formó uno suyo propio, acomodándolo á la naturaleza de los asuntos que trataba. Siempre nos ha parecido una pobreza, y una puerilidad, el que un escritor emplee su talento en remedar á Mariana ó á Mendoza en escritos históricos; ó bien aquellos cortes, aquellos paréntesis y aquellas terminaciones de otros escritores todavía mas antiguos. Las obras prosaicas de Reinoso son en esta parte un modelo que solo puede compararse con los que nos han dejado Jovellanos y Moratin.

Para dar algunas muestras, que nuestros lectores no podrán menos de ver con placer, de las poesías de Reinoso en varios otros géneros, copiaremos á continuación algunos fragmentos de su colección manuscrita, que los albaceas de dicho señor Reinoso han tenido la condescendencia de franquearnos.

AL NACIMIENTO DE JESUS.

Del Padre Omnipotente
tú el saber y esplendor; tú la esperanza
del misero viviente,
benigno oye los votos que á tu nombre,
por cuanto Febo á iluminar alcanza,
tributa fiel el hombre.

Benigno oye sus votos,
libertador de la cautiva gente:
ante los mas remotos

siglos igual en ser, de su alta ciencia
te engendró el Padre, de la eterna mente
eterna descendencia.

Antes que el mar profundo
sus brazos dividiendo el suelo unido
tendiese por el mundo;
y rompiendo los hósforos violento
á tu soplo del Cáucaso temido
temblara el hondo asiento:

Antes que la luz pura
volara en blanda llama por la esfera
y atada Cinosura
al polo inmóvil, el escuadron humbroso
de los soles tras ella revolviere
tu brazo poderoso:

Y el eterno vacío
Que poblaron los orbes ya llenaba
tú inmenso señorío:
en silencio la nada respetosa
para brotar los seres aguardaba
tu palabra impetuosa.

¡Y débil ora yaces
y flaco aliento tu deidad respira!
Eterno siendo, naces:
Sufres siendo impasible: el alma coro
tu faz de gloria prosternada admira
nublada en tierno lloro.

Los quicios de diamante
sobre que el mundo con perenne vuelo,
rueda en giro sonante,
esas trémulas manos afirmaron.
¡Esos bracitos el fulgente cielo
cual lienzo desrollaron

Mas, ¡oh! que aun escondido
muestras tu gloria y tu poder presentes.
A su primer vagido
renace la creación: un astro luce
nuevo en Empíreo y las remotas gentes
á adorarle conducen:

En letargo profundo
el orbe reposaba: del Ocaso
su rayo moribundo
nublosa y débil luna despedía,
y en leves sombras con dormido paso
la noche se envolvía.

Cuando súbita lumbré,
inundando la esfera desvanecía
la vaga muchedumbre
de cándidos luceros: arde el viento
en raudales de luz y se esclarece
el orbe soñoliento.

Su seno el yermo helado
al dulce fuego dilatarse siente,
de lirios coronado:
de verde musgo el podernal cubierto
riega y fecunda en abundosa fuente
el árido desierto.

No ya serpiente oculta
el pie hiere al incauto caminante,
ni mas la selva inculta
ponzoña guarda entre falaz maleza;
nectar destila y bálsamo fragante
la enriscada aspereza.

¡Qué apacible se mira
el lobo entre nevados recenales,
olvidada su ira,
retozon halagallos! atrevidos
tras él triscan y en saltos desiguales
con débiles balidos.

¿Y qué nuevo portento
pasmada admira súbito natura?
—El raudo movimiento

detiene el globo; su mecer undoso
para el mar; plega el aire con blandura
las alas silencioso.

¡Cual en dulce armonía
henchido suena en derredor al cielo!
todo mana ambrosia:
y una voz... ¿no la oís? Gloria en la altura,
gloria dice á ti, Dios: paz en el suelo,
paz al hombre y ventura.

Paz, gloria: el grato acento
corre veloz y hasta el lejano polo
de paz se llena el viento.
—¡Ei gan olivas, en alegre bando,
y al hombre anuncian paz, gloria á Dios solo
los querubines volando.

¡Paz! Consolados, mortales:
¡gloria al rey de la paz! ya la justicia
los tristes errales
pisa otra vez del mundo delincente,
y ella y la paz el beso de delicia
se dan, que el hombre aliente.

¡Paz! Al lóbrego Averno
gimiendo huyó la guerra fratricida.
El hacedor Eterno
que en paz universal formó el humano,
para que la recobre ya perdida,
se humilla á ser su hermano.

La estension que ya hemos dado á este artículo no nos permite presentar otras varias muestras en diversos géneros. Nos limitaremos por consiguiente á copiar á continuación el principio de una magnífica oda á *La Creación*.

¿En qué foror sagrado ardiendo el pecho
algún nimen que ignoro
tras si me lleva?... El horizonte estrecho
á mis ojos se estiende:
ya del éter los ámbitos esploro,
globos de luz sin número trasciendo
la mente absorta... ¡Espíritu divino
acaso al gran destino
me elevas que el mortal perdió culpado
ó á la silla del ángel derribado!

Vanos nombres que en mudo simulacro
honró ciego el viviente.
¿A dónde estais? Yo miro el trono sacro
del Señor cuya diestra
los orbes vuelve y rige omnipotente.

Su frente escelsa el pensamiento muestra
que dió vida al no Sér... ¡Hacedor Santo!
tu inmortal obra canto
que Apolo ignora y el mentido Coro;
¡oh! tu me inspira, á quien humilde adora.
Tu fuiste siempre, solo tú. El vacío
do rueda el universo,
solo tú ser llenaba y poderío.
Tu llamaste á la nada
y de los mundos material diverso
brotó en su seno á la voz sagrada:
inmenso, rudo bulto denegrido
en las aguas hundido
que, volando, tu espíritu agitaba
y en gérmenes de vida fecundaba.

Mas no entre sombras la sublime idea
entallar convenia
sobre el tosco embrion. Que la luz sea:
sonó el divino acento,
y fué la luz. De entre la noche umbría
rápido se desprende por el viento
un vapor luminoso que á deshora
el espacio entredora
como sin astros las nevadas cimas.

timido áhor en los polares climas.

Y á la imperiosa voz obedeciendo,
las aguas difundidas
se agolpan y se lanzan con estruendo
en catarata inmensa;
abriendo el lecho do morar unidas.

Entonces di scgió su faz estu sa
la tierra enjuta, y Muliacen la frente
alzó y el Etna ardiente,
cual un gigante con robusta planta
súbito despertando se levanta.

Desde el abismo de la tierra ciego
dulce calor envía
á la atérída faz el vivo fuego
que sus limos fomenta.

y el oro y jaspe en las entrañas eria.

Plantas naced. Halló y al cielo es nta
se sublimó la palma: en musgo y flores
se visten los alcóres
que orlan las mieses de dorada zona,
y el Libano de cedros se corona.

Solo hemos pretendido dar una ligera idea del mérito de Reinoso como poeta, de cuyas composiciones puede formarse una cabal idea, tanto por el poema de la *Inocencia*, que hemos analizado, cuanto por otras, de que hemos ofrecido muestras, apuntando los mas notables caracteres de todas ellas. Los límites naturales de estos opúsculos literarios no nos permiten, ni analizar otras varias composiciones poéticas del mismo autor, ni estendernos en las profundas consideraciones á que pueden dar lugar sus doctrinas literarias y su sistema de poetizar. Concluiremos recomendando á la juventud estudiosa las obras, tanto prosáicas como en verso de Reinoso, aunque de las últimas solo han visto la luz publica el poema de la *Inocencia*, y alguna otra composicion publicada en algun periódico literario de la época. Tanto por la armonia de la frase y sonoridad de los períodos, cuanto por la correccion y singulares dotes del estilo, es uno de los modelos mas acabados y perfectos que pueden ofrecerse al estudio y á la imitacion de los que se propongan hacer progresos en la poesia y bella literatura.

ANAYA.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

UN DRAMA AL PIÉ DEL VESUBIO.

(Conclusion.)



Lia y su conductor bajaron del coche y dieron algunos pasos; despues entraron por una puertecita de la izquierda y subieron por una escalera oscura y estrecha al piso tercero. Al llegar allí empujó la vieja una puerta y entró en una antesala donde otra vieja la esperaba. Entonces las dos gitanas hicieron renovar á Lia su juramento de no decir jamás como habia descubierto la traicion de su marido, y habiendolo así verificado, la introdujeron en un gabinete en cuyo tabique habian hecho un agujero casi imperceptible, y por el cual se puso á mirar Lia llena de impaciente curiosidad.

La primera cosa que llamó su atencion en aquella estancia fué una joven encantadora de su misma edad, poco mas ó menos, reposando vestida, sobre un lecho con cortinas de raso azul con flecos de plata; parecia haber cedido á la fatiga y dormia profundamente.

Volvióse Lia para preguntar á una de las viejas, pero como ambas habian desaparecido, aplicó de nuevo la vista al agujero, y vió á la joven que se despertaba y que levantando la cabeza la apoyaba en su mano. Sus largos cabellos negros que caian en rizos desde su frente hasta la almohada, le cubrian casi todo el rostro. Meneando la cabeza para separar aquel velo que le impedia ver, abrió languidamente los ojos y miró á su alrededor como si quisiera indagar donde se hallaba; tranquilizada despues sin duda con el reconocimiento que acababa de hacer, asomó á sus labios una ligera y triste sonrisa; hizo una corta plegaria mental, besó un pequeño crucifijo que llevaba al cuello, y deslizándose fuera de la cama, se dirigió á la ventana, descorrió la cortina, miró largo rato hacia la calle como si esperase á alguno, pero como éste no llegase, volvió á sentarse en un sillón.

Durante este tiempo, Lia la habia seguido con la vis-

ta, y despues de tan prolijo exámen, su corazon sintió todos los tormentos de los celos, porque aquella muger era realmente hermosa y temible. Apartando entonces la vista de su supuesta rival, la fijó en los objetos que la rodeaban. La estancia era parecida á la en que ella habia sido introducida, con la diferencia notable, sin embargo, de que en aquella una mano previsora habia reunido todas esas mil pequeñeces de lujo de que necesita estar incesantemente acompañada, como una pintura de su marco. La muger hermosa, elegante y aristocrática; al paso que la que Lia ocupaba en aquel momento, con sus paredes desnudas, sus sillas de paja y sus mesas cojas, habia conservado todo su carácter de vejez y de miseria.

Era, pues, evidente que la otra habitacion habia sido preparada para recibir á la hermosa huésped.

Esta entretanto continuaba esperando en la misma actitud pensativa y melancólica, con la cabeza inclinada sobre su pecho, al que en la vispera habia vigilado el arreglo y adorno del lindo gabinete que ocupaba. De repente levantó la cabeza, aplicó el oido con ansiedad y fijó sus miradas en las puertas. No tardó en oírse mas claramente el ruido que la habia sacado de su distraccion; y levantándose apresuradamente puso una mano sobre su corazon y con la otra buscó un apoyo, pues habia perdido el color y parecia que iba á desmayarse. Hubo entonces un momento de silencio, durante el cual, llegó hasta los oídos de la misma Lia clara y distintamente el ruido de los pasos de un hombre que subia la escalera, despues vió abrirse la puerta de la estancia inmediata: la desconocida lanzó un gran grito, estendió los brazos y cerró los ojos como sino pudiera resistir á su emocion. Precipitóse un hombre en la estancia y la estrechó contra su corazon en el momento en que iba á caer. Este hombre era el conde.

La joven y él no pudieron pronunciar mas que dos palabras.

«¡Odoardo! ¡Teresa!»

La condesa no pudo soportar mas; lanzó un gemido doloroso y cayó desmayada sobre el pavimento.

Cuando recobró sus sentidos, se halló en otra habitacion, y las dos viejas le rociaban el rostro con agua y le daban á respirar vinagre.

Levantóse Lia con un movimiento rápido como el pensamiento, y quiso lanzarse hacia la puerta de la es-

tancia en que se hallaban Odoardo y la desconocida; pero como las dos viejas se apresuraron a recordarle su juramento, inclinó la cabeza, sacó una bolsa que contenía unos cincuenta luises y los dió á la gitana, como pago de su profecía, realizada tan completa y cruelmente.

La condesa bajó la escalera, subió á su coche y dió maquinalmente la orden de que la condujeran al convento de Santa Maria de las Gracias: pocos momentos después se hallaba en la celda de su tía. Esta, al ver la palidez de su sobrina, no tardó en conocer que le había sucedido alguna desgracia; pero á cuantas preguntas le hizo, solo contestó que se había puesto algo mala y que aquel resto de palidez procedía del desmayo que había sufrido.

El amor de la superiora se alarmó tanto mas cuanto que al contarle su sobrina el accidente que acababa de sucederle, le ocultaba la causa; por tanto, hizo cuanto pudo para obligarla á que se quedase en el convento hasta que estuviese restablecida del todo; pero la emoción que había experimentado Lia no era uno de esos sentimientos de que se repone uno fácilmente en pocas horas. La herida era profunda, dolorosa y estaba envenenada. Lia se sonrió amargamente al ver los temores de su tía, y sin tratar siquiera de desvanecerlos, declaró que quería volverse á su casa.

La abadesa le mostró entonces la cima de la montaña, toda envuelta en humo, y le dió que debiendo sobrevivir irremisiblemente pronto una erupción, sería mas razonable que mandara á decir á su marido que viniera á buscarla, esperando entretanto los resultados de aquella erupción en un lugar seguro. Pero Lia le contestó mostrándole con un gesto aquella pendiente verdosa de la montaña, sobre la que jamás se había visto el mas pequeño arroyo de lava desde que existía el Vesubio. Viendo entonces la abadesa que su resolución era inalterable, se despidió de ella encomendándola á Dios.

La condesa subió al coche, y dos minutos después se hallaba en la quinta Giordani.

Aun no había llegado Odoardo.

Allí se aumentaron los dolores de Lia; como una loca recorrió las habitaciones y los jardines: cada aposento, cada alameda, cada árbol tenía para ella un recuerdo delicioso tres días antes; y en la actualidad funesto. En todas partes la había dicho Odoardo que la amaba. Cada objeto le recordaba una palabra de amor. Entonces conoció Lia que todo había acabado para ella, y que le sería imposible vivir de aquella suerte; pero vió al mismo tiempo que la era imposible morir dejando á Odoardo en el mundo que habitaba su rival. En aquel momento le ocurrió una idea terrible: matar á Odoardo y suicidarse en seguida. Cuando se presentó esta idea á su espíritu lanzó casi un grito de horror; pero poco á poco obligó á su espíritu á volver á este pensamiento, como un ginete vigoroso obliga á su caballo rebelde á salvar el obstáculo que le había asustado al principio.

Pronto aquel pensamiento, lejos de inspirarle temor, le inspiró una tétrica alegría, viéndose ya con el puñal en la mano, despertando á Odoardo, gritándole el nombre de su rival después de darle dos heridas mortales, hiriéndose luego á sí misma, muriendo á su lado, y condenándole á sus abrazos por toda una eternidad; Lia se admiraba de que en el fondo de un dolor tan agudo pudiera semejante resolución despertar tanta alegría. Dirigiéndose al gabinete de Odoardo lleno de trofeos de armas de todos los países, de todas clases, desde el crik envenenado del malayo, hasta el hacha gótica del caballero francés, descolgó un hermoso kangiar turco, con vaina de terciopelo y mango esmaltado de topacios, perlas y diamantes. Llevólo á su habitación, y allí probó la punta en la yema de su dedo, de que brotó una gota de sangre, límpida y brillante como un rubí, y después lo ocultó debajo de su almohada.

En aquel momento oyó el relincho del caballo de

Odoardo, y como se hallase enfrente de un espejo vió que se ponía pálida como la muerte. Entonces comenzó á reírse de su debilidad, pero el brillo de su propia risa la espantó y no pudo menos de estremecerse. Oyendo después los pasos de su marido que subía la escalera, se dirigió á la ventana y corrió las cortinas, á fin de aumentar la oscuridad y ocultar de este modo al conde la alteración de su semblante.

El conde abrió la puerta, y deslumbrado todavía por la luz que reinaba en la parte exterior, llamó á Lia con voz dulce y amorosa. Lia se sonrió desdeñosamente y levantándose del sillón donde estaba sentada, dió algunos pasos hacia él. Odoardo la abrazó con esa efusión del hombre feliz que necesita derramar su felicidad sobre todo lo que le rodea; pero Lia creyó que su marido fingía un amor que no experimentaba; y así como pocos momentos antes había creído odiarle, en aquel instante creía que le despreciaba.

Así se pasó todo aquel día, durante el cual estuvo Odoardo muchas veces á punto de revelar su secreto á la condesa, que se esforzaba por sonreír siempre que la miraba; pero apenas abría las lábios para hablar, se arrepentía y volvía á sofocar en su corazón el secreto.

En aquella tarde los amagos del Vesubio se hicieron mas espantosos que nunca, y mas de una vez propuso Odoardo á su esposa abandonar la quinta y pasar á su palacio de Nápoles; pero creyendo Lia que Odoardo la hacia aquella proposición solo por acercarse á su rival, pues el palacio del conde estaba situado en la calle de Toledo, á cien pasos de la de San Giacomo, desechó su proposición recordándole que el lado del Vesubio donde estaba la quinta había sido siempre respetado por el volcan. Odoardo convino en ello; pero no por eso se mostro menos decidido á pasar á Nápoles con su esposa, si al siguiente día se presentaban los mismos síntomas alarmantes en la montaña.

Lia accedió reflexionando que quedaba á su disposición toda la noche para perpetrar su venganza.

Por un extraño fenómeno atmosférico, á medida que la oscuridad descendía del cielo, el calor aumentaba. En vano se habían abierto como de costumbre, las ventanas de la quinta para aspirar el soplo de la tarde: la brisa cotidiana faltaba, y en su lugar desprendía el mar en ebullición un vapor pesado y caliente, casi perceptible á la vista y que se esparcía como una niebla sobre la superficie de la tierra. El cielo en vez de estrellarse como de ordinario, parecía una bóveda de estaño ennegrecido, amenazando desplomarse sobre el mundo. De vez en cuando venían de la montaña bocanadas de calor insupportable, que parecía llevarse consigo una porción de las cosas humanas.

Odoardo quería velar, porque aquellos síntomas bien conocidos le hacían temer por su esposa; pero ésta le tranquilizaba riéndose de su terror y mostrándose como insensible á todos aquellos fenómenos. Cuando el conde se reclinó sin fuerzas y con los ojos medio cerrados sobre un sillón, Lia se quedó de pie firme, serena é inmóvil, sostenida por el dolor que velaba en el fondo de su alma. El conde acabó por creer que la debilidad que experimentaba procedía solamente de alguna mala disposición de su parte. Pidió sonriéndose el brazo á su esposa, se apoyó en él para llegar hasta su cama, se echó en ella vestido, luchó todavía un instante con el sueño, y cayó al fin en una especie de letargo y se quedó dormido con la mano de Lia entre las suyas. Esta permaneció de pie al lado de la cama, silenciosa y sin hacer movimiento alguno, mientras creyó que su esposo no estaba enteramente dormido; pero luego que estuvo casi segura de que el conde se hallaba ya en un estado de insensibilidad, así al ruido como al tacto, retiró dulcemente su mano, se deslizó hacia la antesala, dió orden á los criados para que en aquel mismo instante marchaban á Nápoles á preparar el pa-

lacio á donde habian de ir el dia siguiente, y se volvió á su aposento.

Los criados, que no apetecian otra cosa que ponerse á buen recaudo, cumplieron en el acto las órdenes de su ama; ésta, apoyada en su ventana abierta, los oyó salir, cerrar la puerta de la quinta, y en seguida la reja del jardín. Entonces bajó la condesa, visitó todas las habitaciones, los corredores y las cocinas, y se convenció de que la casa estaba desierta, y de que, como deseaba, se habia quedado sola con Odoardo.

Entró en su aposento, se acercó á su cama con paso firme, metió la mano debajo de la almohada, sacó el kangiar, lo desvainó, examinó de nuevo su hoja corba y toda matizada de arabescos de oro; en seguida se dirigió hacia la estancia de Odoardo.

La puerta de comunicacion estaba abierta y la luz dejada por Lia en su aposento proyectaba sus rayos en el del conde. Se encaminó hacia la cama guiada por aquella luz, Odoardo continuaba en la misma postura y en la misma inmovilidad.

Cuando llegó á la cabecera alargó la mano para buscar el sitio donde debia herir. Abrumado por el calor el conde se habia quitado la corbata, desabotonado su chaleco y abierto su camisa. La mano de Lia encontró sobre su pecho desnudo y al lado mismo del corazon un medallón que contenia un retrato y cabellos que ella le habia dado al partir para Sicilia, y que siempre habia llevado consigo.

Una exaltacion suprema suele degenerar en una debilidad estremada. Apenas sintió y reconoció Lia aquel medallón, le pareció que se levantaba un velo y veia pasar una á una cual sombras dulces y graciosas las primeras horas de su amor. Entonces recordó con esa rapidez maravillosa del pensamiento que avanza años enteros en el espacio de un segundo, el dia en que vió á Odoardo por la vez primera, el dia en que ella le confesó que le amaba, el dia en que su amante partió para Sicilia, la hora, en fin, en que volvió para casarse con ella; aquella felicidad que habia soportado sin fatiga, mientras habia estado diseminada sobre toda su vida, quebrantó en aquel momento sus fuerzas, condensándose, por decirlo así, en su pensamiento. Dobló la cerviz bajo el peso de los dias felices, y dejando escapar el kangiar de su mano trémula, cayó de rodillas al lado de la cama, mordiéndose las sábanas para ahogar los gritos que querian salir del pecho, suplicando á Dios que les enviase á los dos aquella muerte que ella temia no tener ya fuerzas para dar y recibir.

A tiempo de acabar esta plegaria oyó un ruido sordo y prolongado, un fuerte sacudimiento conmovió el suelo y una luz sangrienta iluminó la habitacion. Lia levantó la cabeza y vió que todos los objetos que la rodeaban habian tomado una tinta fantástica. Corrió á la ventana, creyéndose bajo el imperio de una alucinacion, y allí pudo explicárselo todo.

La montaña acababa de abrirse en una longitud de un cuarto de legua. Una llama ardiente se escapaba de aquella grieta infernal, y al pie de la llama hervia, tomando su curso hacia la quinta, un rio de lava que amenazaba devorarla antes de un cuarto de hora.

En vez de aprovechar Lia el tiempo que le quedaba para salvar á Odoardo y salvarse con él, creyó que Dios habia oído y acogido su plegaria, y sus pálidos labios murmuraron estas palabras impías: «¡Señor, señor, cuán grande y misericordioso eres: yo te doy gracias por todo!»

Después con los brazos cruzados, la sonrisa en los labios y los ojos brillando con una voluptuosidad mortal, iluminada por aquel reflejo sangriento, silenciosa, inmóvil, siguió con la vista los progresos devoradores de la lava.

El torrente como hemos dicho, avanzaba directamente hacia la quinta Giordani, como si, semejante á una de las ciudades malditas, estuviese condenada por la cólera de Dios, y como si el fuego de la tierra, rival del fuego divino tuviese mision especial de devorar y castigar á sus

habitantes antes que á otra alguna; pero el curso del rio de fuego era bastante lento para que los hombres ó los animales pudieran huir ó separarse de su paso. A medida que avanzaba, el aire poco antes pesado y húmedo, se dejaba sentir seco y caliente, y los objetos encadenados á la tierra y en apariencia insensibles delante de la lava, al aproximarse el peligro recibian al parecer la vida para morir. Las fuentes se agotaban silbando, secábanse las yerbas, agitando sus cimas amarillas, torciéndose los árboles encorvándose como para huir hacia el lado opuesto á aquel por donde venia el fuego. Los perros de presa que se soltaban por la noche en el parque habian venido á buscar un refugio en la graderia exterior de la quinta, y arrojándose contra la pared, ahullaban lastimeramente. Cada cosa creada, movida por el instinto de la conservacion parecia sublevarse contra el espantoso azote. Lia sola parecia apresurar con la intencion y con el gesto su carrera y murmuraba en voz baja «¡Ven! Ven!»

En aquel momento creyó Lia que despertaba Odoardo y se avalanzó á su cama. Se habia equivocado: Odoardo, sobre quien pesaba durante su sueño aquel aire devorador, luchaba con algun sueño terrible, pues parecia querer rechazar lejos de si un objeto amenazador. Lia le contempló breve rato, asustada de la impresion dolorosa de su semblante; pero en aquel momento desataronse los lazos que encadenaban sus palabras, y Odoardo pronunció el nombre de Teresa. ¡Conque era Teresa la que visitaba sus sueños! ¡con qué solo por Teresa temblaba! Lia se sonrió de una manera infernal y volvió á asomarse á la ventana.

La lava continuaba marchando, y ya habia ganado mucho terreno, pues estendia sus brazos al rededor de la colina en que estaba situada la quinta. Si en aquel momento hubiese despertado Lia á Odoardo, todavia hubieran tenido tiempo para huir, porque la lava batiendo de frente el montecillo y estendiéndose por sus dos flancos, no se habia aun reunido por detras, pero Lia guardó silencio, temiendo solo por el contrario que el último grito lanzado por toda aquella naturaleza en su agonía llegara á los oidos del conde y le sacara de su profundo sueño. Empero no sucedió así. Lia vió estenderse la lava, semejante á una inmensa corriente, y reunirse por detras de la colina; entonces exhaló un grito de alegría. Era imposible la fuga, pues estaban cerradas todas las salidas. La quinta y sus jardines no era mas que una isla batiada por todos lados por un mar de fuego.

Entonces la terrible marea comenzó á subir por los flancos de la colina como un flujo inmenso y redoblado. A cada resaca se veian las olas inflamadas ganar terreno y devorar la isla, cuya circunferencia era cada vez mas estrecha. Pronto la lava llegó á los muros del parque, y los muros cayeron sobre sus olas cortados por su base. Al aproximarse el torrente se secaron los árboles, y la llama chispeando con sus raíces subió hasta sus copas. Cada árbol mientras ardia conservaba su forma, perdiéndola solamente al abismarse reducido á cenizas en la inundacion ardiente que continuaba avanzando. En fin, las primeras olas de lava empezaron á aparecer en las alamedas del jardín, y al verlas Lia comprendió que apenas le quedaba tiempo para despertar á su marido, echarle en cara su crimen y hacerle comprender que iban á morir juntos. Entonces corrió hacia la cama de su marido, y sacudiéndole fuertemente el brazo le gritó:

— ¡Odoardo! ¡Odoardo! levántate para morir.

Estas horribles palabras pronunciadas con el acento supremo de la venganza, fueron á herir la imaginacion del conde en lo mas profundo de su sueño. Incorporóse en la cama, abrió sus ojos azorados, y después al ver el reflejo de la llama, las centellas de los vidrios que se rompian, y al sentir el temblor de la casa que las olas de lava comenzaban á estrechar y sacudir, lo comprendió todo, y lanzándose fuera de la cama, exclamó:

—¡El volcan! ¡el volcan! ¡Ah! ¡Lia! ¡bien te lo habia dicho!

En seguida corriendo hacia la ventana abarcó de una sola mirada todo aquel horizonte encendido, lanzó un grito de terror, corrió al extremo opuesto de la estancia, abrió una ventana que daba al camino de Nápoles, y viendo que estaban cortadas todas las salidas, volvió hacia la condesa gritando con la mayor desesperacion.

—¡Oh! ¡Lia, Lia, amor mio, alma mia, vida mia, estamos perdidos!

—Ya lo sé, respondió Lia.

—¿Cómo que lo sabes?

—Sí, hace una hora que estoy mirando el volcan, ¡pues yo no he dormido!

—Pues sino dormías ¿por qué no me has despertado?

—Soñabas con Teresa y no queria despertarte.

—Sí, soñaba que querian robar otra vez á mi hermana.

Soñaba haberme engañado, pues mi hermana estaba realmente muerta, tendida sobre su cama y en su gabinete de la calle de San Giacomo; soñaba que traian un ataúd y que querian clavarla dentro, ¡Oh! era un sueño terrible, pero menos terrible aun que la realidad.

—¿Qué dices? ¿qué dices? exclamó la condesa cogiendo las manos de Odoardo y mirándole de hito en hito, esa Teresa es tu hermana?

—Sí.

—Esa muger, que vive en la calle de San Giacomo, en el piso tercero, número 11 ¿es tu hermana?

—Sí.

—Pero ¿no ha muerto tu hermana?

—Mi hermana vive, Lia; mi hermana vive, nosotros somos los que vamos á morir. Mi hermana habia seguido á un coronel francés, que despues murió. Yo tambien la suponía muerta, pues así me lo habian dicho; pero antes de ayer recibí una carta suya y ayer mismo la vi. Sí, era ella, era mi hermana, humillada, deshonrada, que queria permanecer ignorada y desconocida. ¡Oh! ¿pero qué nos

importa todo eso en este momento? ¿No sientes como tiembla la casa? ¿No oyes como se abren las paredes? ¡Oh Dios mio, Dios mio, socorrednos!

—¡Oh! perdóname, perdóname, exclamó Lia cayendo de rodillas. ¡Oh! perdóname antes de morir!

—¡Perdonarte! ¡amor mio! ¿de qué quieres que te perdone?

—Odoardo! ¡Odoardo! ¡yo soy quien te mato! Lo he visto todo, creí que esa muger era mi rival, y no pudiendo ya vivir contigo, quise morir contigo ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿No hay esperanza de salvacion? ¿No hay medio de huir? Ven, Odoardo, ven, yo soy fuerte, yo no tengo miedo. ¡Corramos!

Y cogió á su marido de la mano y ambos echaron á correr como locos por todas las habitaciones de la quinta, dirigiéndose á todas las puertas, buscando todas las salidas y hallando por do quiera la inexorable lava que subia sin cesar, impasible, devoradora, y abatiendo ya al pie de las paredes, que sacudia de una manera horrenda y estrepitosa.

No pudiendo ya dar un paso Lia cayó de rodillas, Odoardo la cogió en sus brazos y la llevó de ventana en ventana, gritando, pidiendo auxilio; pero ya era imposible todo socorro: la lava continuaba subiendo, y Odoardo por un movimiento instintivo, corrió á buscar un refugio en el terrado que dominaba la casa: pero entonces comprendió realmente que ya no habia remedio humano, y arrojándose y levantando á Lia en alto como si esperara que viniese un ángel á cogerla, exclamó:

—¡Oh! ¡Dios mio! tened piedad de nosotros.

Apenas habia pronunciado estas palabras cuando oyó hundirse sucesivamente todos los pisos y caer sobre la lava. Pronto vaciló el terrado y se precipitó á su vez arastrando á los dos esposos en su caída. En fin, las cuatro paredes se plegaron y unieron como la tapa de un sepulcro, y la lava continuó subiendo, pasó por encima de las ruinas y no dejó ni un vestigio de la quinta Giordani.

A. DUMAS.



EL VESUBIO.—VISTA INTERIOR DEL CRÁTER.

ESTUDIOS DE VIAGES.



VISTA DEL HAVRE.

EL HAVRE.

No es la antigüedad, ni sus monumentos lo que excita la curiosidad del viajero en esta hermosa ciudad de Francia; es su movimiento mercantil, la prodigiosa actividad de sus habitantes y su excelente puerto, lo que cautiva la atención de todo el que por primera vez la visita. Algunos escritores franceses, que no se muestran mucho mas escrupulosos cuando hablan de su país que lo hacen al tratar del nuestro, pretenden que el Havre florecía ya en tiempo de la conquista de las Galias, y el que menos quiere hacer de ella un campo de Julio César; pero está probado que no existía ni aun á principios del siglo XV, y aun cuando no se supiera que esta comarca no

cuenta mas que tres siglos de antigüedad, [la simple inspección del suelo nos probaría que ha sido recientemente abandonada por las aguas, pues que así lo demuestran su abundancia de pastos y cosechas y su riqueza vegetal.

No lejos de esta ciudad mercantil, se halla la aldea de Granville, cuya abadía arruinada van á examinar de continuo un gran número de curiosos. El Sena bañaba antiguamente la falda de estos collados, pero en el día las aguas del río corren á mas de dos leguas de distancia.

Mas lejos hallamos el populoso arrabal de Ingouville, cuyos jardines elevados en forma de anfiteatro presentan un bello golpe de vista. Finalmente despues que la diligencia ha recorrido por mas de un cuarto de hora las calles de ese arrabal, atraviesa la barrera de la ciudad de Havre. Lo primero que en ella llama la atención del viajero es sin duda el puerto. Al muelle del norte que sirve de paseo, defiéndele por el lado de la ciudad una



torre llamada de Francisco I, por ser fama que este monarca la hizo edificar. Refiérese que en ella un soldado del tiempo de Enrique III, rebelado contra sus gefes, sin duda por habérsele impuesto algun severo castigo, sostuvo el solo en dicha torre un terrible sitio. Hase conservado su nombre y patria, y le llamaban *Aguan Lecomte* de Caen.

En el dia esta torre solo sirve de adorno á la ciudad; y el inmenso terreno que desde ella se descubre es causa de que la visiten los aficionados á puntos de vista, y los comerciantes que aguardan algun buque con impaciencia, quienes armados de telescopios van á examinar desde ella el horizonte.

Aunque el Havre no presente el conjunto de magnificas casas que se ven en Paris, no obstante tiene partes muy dignas de ocupar un lugar en la misma capital de Francia; las tiendas son igualmente lujosas, y se ve el mismo tropel de gentes y movimiento de carruages.

La prosperidad del Havre data desde la época en que empezó la decadencia de la ciudad de Harfleur. Los bancos de arena movidiza que forma el Sena en su desembocadura, colmaron el puerto de Harfleur hace mas de cuatrocientos años, circunstancia que hizo conocer á la corte de Francia la necesidad de un nuevo puerto para los buques mercantiles y de guerra que aun no tenían las colosales dimensiones que se les dá en el dia. Sabido es que por el Sena habían hasta entonces penetrado los ingleses hasta el corazon del reino vecino. Luis XII, el padre del pueblo, tuvo la gloria de formar las bases de este proyecto, aunque no sé planteó hasta el reinado de Francisco I.

Cierto almirante de Francia llamado Bonnavet, el mismo que mandó tambien las tropas francesas de tierra particularmente en Italia, y que tuvo la desgracia de sufrir fuertes derrotas, fué enviado al mismo sitio donde debia plantearse. Allí donde se levanta hoy dia la floreciente ciudad de Havre, no se veia antes mas que una lengua de tierra abandonada por las aguas, móvil todavia, donde habian construido sus chozas algunos infelices pescadores, para tener al abrigo sus barcas; este sitio pues, se eligió para construir la ciudad y puerto de Havre de Gracia, siendo para ello precisos inmensos trabajos, en terminos que por dos veces la furia de las olas tempestuosas estuvo para arrebatár á la naciente poblacion sin dejar en ella vestigio.

Púsose la primera piedra en 1516, y once años despues en una tempestuosa noche amontonadas unas sobre otra las violentas olas cubrieron enteramente la ciudad y arrebataron un sin número de desgraciadas victimas; siendo tal la elevacion de las aguas, que se llevaron una multitud de barcas pescadoras hasta el castillo de Granville. Mas tarde otra tempestad asoló por segunda vez al Havre; pero los intrépidos habitantes empezaron de nuevo sus trabajos confiados en la proteccion de Nuestra Señora de Gracia, y en las publicas rogativas que dirigian al cielo despues de cada uno de estos desastres. Por este mismo sentimiento de devocion adoptaron para la ciudad el nombre de Havre-de-Gracia; y este nombre le ha quedado contra el deseo de la corte que queria que se llamase Francois-Ville en honor del monarca bajo cuyo reinado se construyó el nuevo puerto.

Desde el año de 1344, podia el Havre recibir en su rada flotas considerables, y en esta misma época vió salir de ella la Inglaterra las imponentes fuerzas que la obligaron á la paz. Los monarcas sucesores de Francisco I, aumentaron estraordinariamente la ciudad de Havre, haciéndose con esto una de las plazas mas importantes del reino; y cuando la reina Isabel de Inglaterra, prestó socorro á los protestantes perseguidos por la corte de Francia, pidió el puerto de esta ciudad como la mejor garantia y prenda la mas segura. Instalóse allí el célebre Warwik con 6,000 hombres escogidos, pero las tropas del rey de

Francia le obligaron á capitular despues de una sangrienta resistencia.

Uno de los hechos mas particulares de esta campaña es el de haberse llevado los ingleses en su retirada las actas de la escribania de Havre, acaso por conservar los titulos de su ocupacion; y mas de una vez los habitantes de esta ciudad tuvieron que ir á la torre de Londres para consultar los antiguos archivos que guardan los ingleses, no se sabe con que miras é intenciones.

Mas tarde se edificó una ciudadela que debia poner la plaza á cubierto de un golpe de mano, ya de parte de los estrangeros, ya de los diversos partidos que turbaban la paz de la Francia en una época tan agitada, que el trono no se hallaba en pleno ejercicio de su poder. Richelieu halló aun demasiado débil esta fortaleza, por cuya razon la hizo demoler y sustituirla por otra que pagó de su bolsillo, haciéndose nombrar por el rey gobernador de esta plaza, donde si se ha de creer á ciertos historiadores, temia verse en la necesidad de encerrarse, para defenderse de los nobles, quienes temia que le pidiesen cuenta de tantas humillaciones y ejecuciones sangrientas como le habia causado. En señal de su soberania hizo Richelieu esculpir un capelo en el sitio destinado á las armas de Francia.

Otro cardenal que á su turno fué primer ministro, y que propuso al rey el mismo Richelieu en su lecho de muerte, dió á la ciudadela de Havre el destino para el que la habia hecho edificar su predecesor. Sabese que en ella mandó encerrar á los principes de Condé y de Comté y al duque de Longueville su cuñado, y aun en el dia se enseña á los curiosos la estancia que ocuparon estos ilustres prisioneros de estado.

Entre el Havre y nuestros puertos de la costa de Cantabria, se sostiene una activa comunicacion por medio de vapores y buques veleros.

LA CATARATA DEL NIAGARA.

Esta magnífica y sorprendente catarata, una de las mas bellas del universo, se halla sobre el Alto Canadá y Nueva York. Es casi imposible formarse una idea aproximada de la impresion que se siente, al aproximarse á aquel salto de agua admirable, ni de las sensaciones que se experimentan á su vista. Esta cascada tiene 2,000 pies de anchura, y acarrea una masa de agua de 700,000 cubas cada minuto, la cual se precipita desde una altura de 168 pies, en un abismo cuyo fondo no es conocido, pero se cree que el agua penetra en él, hasta mas de 70 pies. La catarata está dividida en dos, y aun en tres partes, por la isla de Goat's Island, y otra sumamente pequeña; pero una de estas partes, la que se estiende entre las dos islas, es tan sumamente reducida, que no merece llamar la atencion. En el momento de precipitarse las aguas, dejan súbitamente la direccion N. O. para torcer hacia N. E. El ruido sordo que forma la catarata, se oye á veces á una distancia de 15 ó 20 leguas. El sacudimiento de la tierra, y la espesa niebla que se eleva por encima del precipicio, anuncian su inmediatecion, desde dos ó tres leguas antes de llegar á él. El vapor que exhalan aquellas hirvientes aguas cae en invierno sobre las ramas de los árboles próximos, y se congela formando decoraciones cristalinas de una belleza maravillosa. «Mil arco iris, dice Mr. de Chateaubriant, se encorvan y se cruzan sobre el abismo. La onda chocando con la peña conmovida, salta de rechazo en torbellinos de espuma,

que se levantan sobre las copas de los árboles, como las densas humaredas de un vasto incendio; y esta caprichosa escena está decorada por los pinos, nogales silvestres y peñas cortadas en forma de fantasmas. Las águilas impelidas por la corriente del aire, bajan volteando al fondo del abismo, y los cárcojes se suspenden por sus largas colas en la estremidad de una rama medio caída para sacar del abismo los mutilados cadáveres de los alces y de los osos.

Los habitantes acomodados de Nueva York se dirigen durante el verano á los deliciosos sitios que forman las cercanías de la catarata; y en los cuales hay muchas casas que ocupan pintorescas posiciones, distinguiéndose entre todas una de ellas que domina la cascada.

En el año de 1828 cambió completamente el aspecto de las caídas, á consecuencia de haberse desprendido una gran porción de roca hacia la parte del Canadá, al estrecho de la catarata principal.



CATARATA DEL NIAGARA